

OLEADA DE "OVNIS"

PETER KAPRA

R. CORTIELLA

PETER KAPRA

Oleada de «Ovnis»

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 **Dr. Julián Álvarez, 151**

Barcelona **Buenos Aires**

Portada: R. CORTIELLA

Primera edición: Enero 1973

Depósito Legal: B.49.452 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 -
Barcelona

«Entre todas las teorías formuladas sobre los «OVNIS», la que mayor atractivo ejerce es aquella que considera estos «objetos» como «sondas interplanetarias».

Passport to Magonia, de J. VALLEÉ.

PREÁMBULO

Tendido en una hamaca, a la grata sombra de los pinos de la Costa Brava, en un multicolor y abarrotado «camping», con la mente absorta en el inexplicable caos benigno de las ideas más insólitas, atrevidas, incongruentes y dispares, una tarde estival, propicia al sueño, me dejaba llevar por el rumor humano, la música queda y confusa de los transistores, y meditaba, a veces, sobre el libro que había estado leyendo, cuyo título, autor y referencia encabeza esta obra, cuando alguien pasó junto a mí, se detuvo y sus ojos, extrañamente azules se posaron en la portada de la obra que descansaba en mis manos.

Al principio, apenas si noté que se trataba de un extranjero rubio, de cabellos largos y descuidados, enjuto rostro y fuerte complexión, que vestía el ropaje descuidado de algunos turistas en vacaciones, una camiseta de felpa, descolorida, con dibujos geométricos, y un «slip», modelo «bermudas». Era muy joven y, aunque de acusado aspecto exótico, en un lugar como aquél pasaba totalmente inadvertido, dada la diversidad de sujetos que lo poblaban.

Aquel joven parecía proceder de algún país europeo, o no ser de ninguno.

— Buenas tardes — me saludó, sin embargo, en francés —. Excúseme... ¿Le interesa a usted este tema?

Su índice huesudo señaló el volumen que tenía en mi mano.

Asentí, vagamente sorprendido, recurriendo a mis casi olvidados conocimientos de la lengua gala. También miré su rostro y sus ojos, que al principio me parecieron grises y que finalmente clasifiqué como azules, aunque mientras hablaba con él tuve la impresión de que adquirían la tonalidad del cielo, como las aguas del mar, que, en realidad, son incoloras.

— Sí. Es interesante — dije, poco

deseoso de conversación, esperando que esta actitud cohibiese al extranjero, pero no fue así.

Insistió:

— Conozco esa obra. He leído el original en inglés y no estoy de acuerdo con la idea general del autor, quien no se compromete mucho, sin afirmar ni negar nada. Prefiero más la ingenuidad de Antonio Ribera, la meticulosidad de Aimé Michel, la fe de Andrew Tomas o el ahínco de Frank Edwards.

No soy un experto en «ufología», lo confieso, pero me interesa suficientemente el tema como para serme familiares todos los nombres citados, a los que podía añadir otros no tan conocidos. Por ello, alcé la cabeza y afronté a mi interlocutor. De nuevo, tuve que forzar la memoria para recurrir a mis antiguos conocimientos de francés:

— ¿Ha leído usted este libro?

— Sí.

— ¿Cree, pues, que no existen los platillos volantes? — inquirí.

— ¡Todo lo contrario! — exclamó él con vehemencia—. ¡Sé que existen!

Consideré oportuno levantarme y abandoné la cómoda hamaca y su colchón de aire. Me sentía ligeramente incómodo y un tanto turbado, pero deseoso de conocer lo que opinan fuera de mi país los que dicen no hallarse sujetos a ningún tipo de censura. «Quizá, pensé, en la traducción de «Passport to Magonia» se había empleado el bolígrafo rojo».

— Desde luego — observé —, los 908 casos de tipo I que se describen aquí, y que no son todos los clasificados por la «Flying Saucer Review» o el catálogo «Magonia», suponen una tangible realidad que no podemos ni relacionar siquiera con el

folklore medieval, los mitos de la antigüedad ni con los cuentos de hadas o de gnomos. Se han visto, tocado y hasta sufrido las consecuencias de la proximidad de los «Ovnis». Y no parece tratarse de un solo tipo de fenómeno, sino de varios.

Mientras le hablaba con dificultad, él sonreía condescendiente, asintiendo. Yo, en cambio, tenía la impresión de que la lengua de Moliére afluía a mi mente con soltura y facilidad. Por esto me animé a seguir diciendo:

— Si fuera posible establecer la autenticidad de todos los casos expuestos, comprobaríamos que muchos de los aceptados como de tipo *J* son erróneos, falsos o pertenecen a causas puramente físicas o psíquicas, explicables o fruto de la imaginación de los testigos. La mente es muy compleja y conserva archivados secretos más vinculados al subconsciente que a la realidad.

»Tampoco podemos descartar que, casos como el de la misteriosa «Nave Aérea», que se observó en diversos lugares de los Estados Unidos entre los meses de marzo y abril de 1897, fuese el «vuelo de pruebas» de algún tipo de globo dirigible, al estilo del «Graf Zeppelin»; y tripulado, no por seres extraterrestres, sino por europeos. El hecho de que, en ocasiones, hablaran inglés a los rústicos campesinos de Iowa, Kansas, Illinois e Indiana, e, incluso, quisieran gratificar los servicios recibidos, pagando con billetes de diez dólares, así parece confirmarlo.

No me sorprendió en absoluto mi interlocutor al corroborar:

— ¡Exacto, exacto! La «Nave Aérea» que se menciona ahí fue construida por ingenieros alemanes en Manell, cerca de Friedrichshafen, en 1896, sin consentimiento oficial, debido a que una comisión técnica, nombrada por el Consejo Federal del Imperio, emitió un dictamen desfavorable al proyecto de «tren aéreo dirigible» presentado por un miembro del V.D.I. (Asociación de Ingenieros Alemanes).

«Tripulada por un grupo de valientes hombres de ciencia, que

debían presentar posteriormente un documento y aplastante informe técnico, despegó una noche en secreto, dirigiéndose hacia el Atlántico Norte. El viento era favorable y en pocos días se encontraron sobrevolando los Estados

Unidos, donde fue divisada la nave por numerosos testigos, los cuales creyeron estar viendo algo increíble.

»Poco tiempo después desapareció con todos sus tripulantes, presumiéndose que debieron perecer a consecuencia de una avería, sobre el Océano Pacífico, por cuyo motivo los constructores optaron por no divulgar la noticia del fracaso.

«Podría facilitarle datos biográficos de las personas que viajaban en aquel dirigible, propulsado por motores eléctricos y provisto de baterías.

»Del mismo modo, podría señalarle muchos de los casos que no corresponden a aterrizajes de naves interplanetarias, y que figuran en la relación «Magonia», y cuyos testigos sufrieron alucinaciones o distorsiones psíquicas, o algunos individuos que sólo buscan publicidad.

Había llegado mi turno de sonreír y observé:

— Dudo mucho que pueda señalármelos usted. Esos testigos se encierran en sus creencias y parece que no ha habido forma humana de confundirlos.

— Puedo señalarle todos los casos falsos — afirmó el extranjero, muy serio —. Pero no lo haré.

— Gratuita e incuestionable aseveración — repliqué.

Su semblante pareció hacerse inescrutable, pétreo, como si se hubiera transformado en una máscara.

— No le miento — añadió él —. Sé bien lo que digo.

— Es una lástima — dije, tratando de disipar la inquietante impresión que empezaba a invadirme, pero pretendiendo ser irónico, puesto que él había iniciado la conversación, interrumpiendo mi descanso —. No tendría inconveniente alguno en escribir un libro acerca de esos

casos, si me parecieran interesantes, dignos de hacerse públicos y dispusiera de la información necesaria y verídica.

Tuve la vaga impresión de que todo él sufría una súbita transformación, animándose vivamente.

— ¿Es usted escritor? — me preguntó.

Me sentí bromista y quise hacer un chiste fácil:

— Soy «escribidor», pero no escribano, ni escribiente, y mucho menos escriba. Precisamente, cultivo el género de la ciencia-ficción.

— ¿Anticipación? ¿Cómo Lovecraft, Bradbury, Asimov o Clark?

— Peor que ellos — admití modestamente, añadiendo —: Pero mejor que otros. Yo, al menos, como Julio Verne, trato de documentarme en las ciencias actuales.

Le vi sonreír complacido. Me preguntó:

— ¿Firma usted con su nombre o con seudónimo?

Mencioné mi nombre de guerra y me extrañó que lo conociera. No parecía un individuo de los que necesitan la literatura de evasión.

— He leído cosas muy interesantes de usted — me dijo, citándome a continuación más de una docena de títulos de mis obras mejor logradas.

— Pero ¿habla usted español? — exclamé, estupefacto —. Que yo sepa, mis novelas no se han traducido al francés.

— Las he leído en castellano — me contestó, hablándome, de pronto, como un oriundo de Valladolid —. Discúlpeme, se lo ruego... ¡Estoy aquí como francés! Me

hago llamar Mr. Marcel Molay… Pero nací en otro planeta. ¿Le dice algo el nombre de «ZEMU».

Me había quedado entre atónito y confuso, sin saber que pensar ni que decir. Instintivamente, traté de sonreír, aunque estoy seguro de que sólo conseguí hacer una mueca.

— ¿ «Zemu»? ¿Qué quiere decir?

— Es el nombre de mi mundo. Vine aquí durante la guerra galáctica, en agosto de 1954, y cuando aquélla se terminó, me ordenaron quedarme, como observador.

Por vez primera, intuí la posibilidad de habérmelas con un loco. Pero él captó mis pensamientos, aumentando así mi zozobra.

— No estoy chiflado — se apresuró a decir en perfecto castellano —. Mi mente es lúcida y mis ideas no están afectadas por ninguna disociación psíquica. Además, puedo demostrarle todo cuanto digo.

— ¡Me deja usted de piedra! — exclamé.

— Lo comprendo. No es frecuente encontrarse, de buenas a primeras con un ser extraterrestre. Usted mismo, que lleva años describiendo en sus novelas, tipos exóticos y extraordinarios, no puede creerlo. Sin embargo, si usted vive en la Tierra, ¿por qué no pueden vivir otros individuos en mundos distintos y lejanos? Y si los astronautas de la NASA han llegado hasta la Luna, ¿por qué seres más adelantados técnicamente no pueden venir al Sistema Solar?

Soy humano y mi capacidad de asombro tiene su límite. Tuve que frotarme los ojos, mirándole, otear en tomo, y aunque un «camping» no es, a veces, un panorama terrestre, convencerme de que los pinos eran pinos, las tiendas de campaña, viviendas de lona,

y los automóviles ostentaban marcas conocidas, de fabricación terrestre. El «made in «Zemu» carecía de sentido para mí.

— En serio — hablé, empezando a captar el hormigueo o el zumbido mental que luego se convertiría en habitual, y que todavía no he logrado erradicar de mi cerebro, porque «El» está «unido» a mí, como me informó —. ¿Quién es usted?

— Soy el «T'get» B'snik — me contestó, aclarando a continuación —. Mi categoría puede equipararse a la de un capitán civil, porque en ZEMU no existe el ejército, que manda una sección de ciento veinte hombres de todas las especialidades.

»Aunque le cueste creerlo, somos muchos los que, como yo, viven en este planeta desde hace años — hizo un gesto amplio, señalando el cielo—. Allá arriba, existen cientos de miles de mundos habitados. Es lógico. La ignorancia y la superstición hizo creer a los antiguos que la Tierra era el centro del universo. Esa creencia no está desterrada del todo. Pero los hombres cultos no saben todavía lo que no han podido comprobar.

»Son ustedes tan escépticos que nos ven y no nos creen. ¿No es paradójico?

— Tiene usted el aspecto de un ser humano — acerté a decir.

— ¿Y qué aspecto cree usted que tienen los hombres de otros mundos? ¿Por qué habíamos de ser enteramente distintos, si nuestro remoto origen es el mismo, aunque el medio en que nos hemos desarrollado no sea idéntico, como lo es nuestra ciencia y nuestra cultura?

Mi desconcierto iba aumentando progresivamente. No sabía si el hombre que estaba frente a mí era un erudito de la anticipación, un desquiciado mental o un bromista descomunal.

— Tengo entendido que la vida

inteligente no se desarrolla al mismo nivel, en distintos ambientes — creo que repliqué, por decir algo, lo que despertó una amplia sonrisa en mi casual informante.

— ¿Qué saben ustedes de exobiología, si no han hecho más que intuir la probabilidad de salir de este planeta? Debe saber que, en el universo, existen trillones de especies distintos, porque sus cromosomas son genéticamente distintos. Y no sólo eso. El número de las especies ya desaparecidas es incalculable, pero el de las que todavía no se han formado ¡es infinitamente mayor!

»El Universo, mi querido amigo, es una enorme esfera pulsante, en continua expansión, que crea y destruye mundos, soles y galaxias enteras ininterrumpidamente. Nadie ha sido capaz jamás de medir la extensión del universo; nadie podrá hacerlo nunca tampoco. ¿Me entiende usted? Es infinitamente grande, y nosotros, las especies inteligentes, los «humanoides», «androides», o antropoides, como quiera llamamos, hace trillones de siglos que venimos evolucionando biológicamente, retrocediendo y avanzando, cultural y técnicamente, según nos haya ido a cada uno en nuestros respectivos planetas.

»A muchos de los veraneantes que hay en este «camping» les será más difícil que a usted comprender estos conceptos. Por ello, no es casual que ahora estemos hablando usted y yo.

»Su libro ha llamado mi atención. Mi percepción extrasensorial ha hurgado en su mente. Ahora sé quién es usted y, a su vez, usted sabe quién soy yo.

»Antes me dijo que, si le facilitaba datos verídicos[1] e interesantes, escribiría un libro. Pues bien. Voy a transmitirle los hechos más importantes de una contienda intergaláctica que ha tenido por escenario este mismo planeta, ¡y de la que ustedes no han tenido noticias siquiera, a pesar de que han sido millones las personas que han visto nuestras naves espaciales, en plena lucha!

— ¿Una guerra galáctica en torno a

nosotros, sin que la hayan detectado nuestros controles de vigilancia? — exclamé — ¡Eso es absurdo!

— Aguarde, por favor. La fuerza aérea de los Estados Unidos, Rusia, Inglaterra, Francia y otros países, nos han detectado en sus pantallas de radar. Continuamente han estado recibiendo informes acerca de «platillos volantes», y todo ello ha llevado a la creación del Proyecto «Blue Book», de origen oficial en América del Norte, y a la organización de todas las asociaciones que aparecen citadas en ese libro, como el APRO, AMUFO, FSR, NICAP, O URANOS, GEPA, etc. etc., que ya se extienden por todo el mundo, con publicaciones periódicas e investigadores serios que estudian todos los fenómenos observados.

»Eso es una realidad. Se han visto naves lenticulares, abovedadas, fusiformes, espacionaves nodriza, pequeños discos-sonda, esferas de luz, aerotermos, giróstatos, discoplanos antimagnéticos y hasta «hombres-volantes», que de todo ha existido en la conflagración, en la que se han enfrentado dos bandos, uno intergaláctico y otro extra- galáctico.

»Nosotros, los «zemus», junto con los gigantes «ozcaros», tuvimos que enfrentarnos a los agresivos y peligrosos «d'diomos», que son casi pigmeos, y a sus cofrades, los «provnos», «alkeos» y «grisdos».

»Esa guerra se inició con grandes escaramuzas de nuestras naves de vigilancia, y terminó con un enfrentamiento masivo, en torno al Sol, que tuvo lugar a mediados del año 1954. ¿Recuerda la oleada de «ovnis» que se descubrieron por aquella época?

«Utilizamos los fondos marinos como bases de aprovisionamiento e instalamos observatorios en altas e inaccesibles montañas, donde no podíamos ser molestados.

— ¿Cuál fue la causa de aquella

guerra? — pregunté, sin saber por qué.

— Teníamos que defenderles a ustedes e impedir que los «d'diomos» y sus aliados se instalasen en este planeta, creando una vanguardia peligrosa en la Vía Láctea....

— ¿Quiere decir que acudieron ustedes en nuestra defensa?

El hombre que decía llamarse Mr. Marcel Molay hizo un gesto ambiguo y repuso:

— Sí, pero no. En realidad, nuestro Consejo Cívico no tuvo en cuenta a los seres de la Tierra, a los que se consideraba como una especie inferior.

Sentí que la indignación se apoderaba de mí.

Pero él me dejó exteriorizarla, anticipándose a mi explosión de ira.

— Durante la última guerra mundial, los Estados Mayores japoneses y estadounidenses, pongo por ejemplo, no tuvieron en cuenta para nada a los polinesios, papúes o melanesios que poblaban las islas del Pacífico. Unos miles de salvajes no significaban nada para el desarrollo de las operaciones estratégicas.

Me sentí empequeñecido y avergonzado de mi insignificancia.

— En mucha mayor escala, nosotros hicimos algo parecido, pero más racional y humanitario, procurando no lesionarles a ustedes, cosa que se logró completamente.

»Y fue a raíz de aquel conflicto cuando nos percatamos de los considerables avances técnicos y científicos logrados por los habitantes de la Tierra, cosa que despertó el interés del Consejo Cívico.

»Antes, ya teníamos aquí observadores, cuyos informes jamás llegaron a las altas esferas de los gobernantes de ZEMU. Pero la contienda aludida hizo funcionar muchos resortes y los informes se computaron, uniéndose a los programas bélicos. Así, los vieron en el Consejo Cívico y, desde entonces, hemos tomado conciencia de los habitantes de la Tierra, donde estamos ahora desarrollando nuestra influencia entre los altos dignatarios, los más encumbrados hombres de ciencia, los filósofos y pensadores, tratando de inculcar a todos ustedes una conciencia universal que les aproxime a nosotros, a la vez que procuramos divulgar los conocimientos de la energía atómica para impedir una catástrofe que podría ser irreparable.

¿Y pretende usted que yo escriba acerca de todo eso? —pregunté.

— Pues… sí. Quiero que lo haga —me respondió B'snik.

Capítulo Primero

ZEMU es el cuarto planeta del sistema solar que los habitantes de aquella región planetaria llaman «Haca». Es un mundo magnífico, cubierto de agua y tierra, mitad por mitad, con montañas naturales pobladas de vegetación exuberante, clima suave, caudalosos y limpios ríos en los llanos, y numerosos pueblos que se extienden geométricamente sobre la superficie del globo.

Nada en ZEMU está hecho a capricho. Su antiquísima población humana había creado, en el transcurso de los siglos, sabias y justas leyes que todos respetaban.

Hombres, mujeres y niños vivían felices en las comunidades de tipo rural, alojados en casitas rodeadas de árboles frutales, en los que hallaban la base principal de sus alimentos.

Tal existencia bucólica aparente habría engañado a cualquier observador que, procedente de otro mundo, hubiera estudiado a los «zemus» en su desenvolvimiento cotidiano. Allí, nada había estacionario, puesto que el progreso era continuo y constante.

Todos aquellos seres tenían una ocupación concreta, una misión que cumplir, de acuerdo con la capacidad psicotécnica de cada uno. Las moradas rurales eran los dormitorios o hábitat de los «zemus», donde se reunían con sus familiares, una vez concluida la jornada laboral. Esta se componía de una medida de tiempo equivalente a cuatro horas diarias ([1]); el resto del día, lo empleaban en el descanso, cultivar alguna afición, ampliar conocimientos a través del estudio o practicar algún tipo de deporte.

Sin embargo, la sorpresa de cualquier observador habría sido grande al no observar ningún tipo de instalación industrial en toda la superficie de «Zemu». Ni siquiera existían vías de comunicaciones visibles, excepto un centenar de enormes estadios, con capacidad para más de un millón de espectadores cada uno, que se alzaban en distintos lugares del planeta, alejados de las comunidades «rurales» y que, unas veinte veces al año, se veían impresionantemente atiborrados de seres.

De acendrado espíritu deportivo, en ZEMU se celebraba una especie de Olimpíada, de muy diversas facetas, en la que competían los representantes de las diversas poblaciones, individualmente o por equipos, y a esto se dedicaban los enormes estadios.

Sin embargo, ¿cómo se desplazaban los «zemus», si no parecía haber carreteras, ni se veían

La explicación estaba en el subsuelo de «Zemu», bajo la superficie a cientos o miles de metros de profundidad, donde los túneles metálicos permitían velocidades supersónicas a los vehículos de transporte, llevando y trayendo gente continuamente, desde los lugares de trabajo a las colonias de descanso y esparcimiento.

En época muy remota, los «zemus» vivían en la superficie de su mundo. Su proceso evolutivo podría ser comparativamente como el de cualquier otro planeta habitado. Conocieron un período tribal o patriarcal, con todos los inconvenientes y problemas que ello provocó, los regionalismos locales, las guerras, las asociaciones y los pactos, de los que habían de surgir, a mayor escala, los pueblos y naciones, etc.

La historia de ZEMU era tan pródiga en avalares, lances, contiendas y conflictos como podía ser la de cualquier mundo poblado por individuos con ambiciones, imaginación e inquietud. Numerosas veces, las guerras ensombrecieron y asolaron la tierra; sus pobladores conocieron la miseria, el hambre, la desesperación y la muerte provocada por terribles y espantosas epidemias.

Por fortuna, aquellas desastrosas épocas habían pasado a la historia, y en el siglo XXV de su Tercer Ciclo, la paz interna estaba asegurada por un sabio y eficiente Consejo Cívico, que gobernaba prudentemente los intereses de todos los ciudadanos de ZEMU, entre los que se contaba el «S'get» B'snik, que era una especie de oficial «observador», con mando sobre cuarenta hombres, y cuya misión radicaba en la vigilancia exterior.

B'snik había elegido aquella arriesgada y difícil profesión, precisamente por el peligro que entrañaba. La temeridad, la aventura, el arrojo y el peligro estaban involucrados con la profesión del «N.S.T.» iníciales que correspondían a las tres categorías de los «observadores» de ZEMU.

Cuando B'snik abandonó la escuela civil, su destino estaba ya señalado. Un coeficiente psíquico elevado le capacitaba para elegir entre las más prestigiosas profesiones de la sociedad en la que no existían clases ni privilegios, sino capacidad física y psíquica, los dos únicos valores reconocidos. Pero en vez de inclinarse hacia la

escala técnica superior, que le habría podido conducir a los más elevados puestos de los Colegios Superiores, de donde se nutría el Consejo Cívico, B'snik eligió la escuela de capacitación de los «N.S.T.», instalada en la Situación 2.456, donde fue admitido como aspirante.

A los dos años, o sea cuando contaba diecinueve, B'snik lograba su categoría de «N'get», lo que le ponía al frente de un grupo de diez hombres, dedicados a la «observación» interplanetaria. El mundo de B'snik se amplió, entonces, a los seis mundos del Sistema «Tlaca». Gobernó una pequeña nave espacial y se hizo responsable de las vidas de sus diez subalternos.

Precisamente, durante un vuelo de exploración a Croem, en los confines del Sistema «Tlaca», un accidente en tierra le privó de uno de sus hombres, el cual fue sustituido, a su regreso a ZEMU, por una hermosa muchacha, aspirante a «get», llamada Eunik, por la que B'snik pronto empezó a sentir una fuerte atracción sentimental.

El contrato matrimonial se celebró al día siguiente de la ceremonia de entrega de títulos y ascensos, en la que B'snik fue ascendido a «S'get» y Eunik obtuvo su distintivo de «N'get».

Inmediatamente, con un permiso especial, partieron hacia la Colonia 12.546, donde el Departamento de la Vivienda les había asignado una casita restaurada, con alojamiento adecuados para los tres hijos que la ley les había autorizado a tener, después de verificados los oportunos reconocimientos genéticos.

B'snik, como recién nombrado «S'get», podía mandar en cuarenta personas, entre los que había, naturalmente, cuatro «N'get», y, por tanto, Eunik, por la ley matrimonial, fue agregada al grupo de B'snik. Ni era raro en ZEMU que un cónyuge estuviera a las órdenes del otro ni que ambos fueran una pareja perfecta, tanto en lo físico como en lo intelectual. Eunik era cuatro años más joven que su esposo y, además de admirar a éste, le debía sumisión y respeto en el terreno profesional.

Mientras viajaban, recién casados, hacia su nuevo hogar, en la Colonia 12.546, abrazado a Eunik, B'snik hizo un comentario que vertió sombra en la felicidad de ambos:

— He oído decir en la Base Uno que se han detectado numerosas naves procedentes de otra galaxia.

— ¡Oh, B'snik, jefe y esposo mío, no pienses ahora en eso! ¿Es que tu mente siempre está absorta en el

deber? La ley te exige cuatro horas diarias de servicio. Las veinte restantes nos pertenecen.

—Dieciséis —observó B’snik, burlón.

Eunik le miró, sorprendida.

—Perteneciendo tú y yo al mismo grupo, mi servicio es independiente del tuyo. Yo salgo y tú entras. Hemos de vivir de acuerdo con el reglamento espacial.

—¡Oh, Dios, qué error he cometido al casarme contigo, B’snik!

Él la besó en los labios, atrayéndola hacia sí, mientras el vehículo subterráneo que los transportó a su destino se deslizaba silenciosamente a más de tres mil kilómetros por hora, impulsado por la eficaz e invisible corriente magnética.

* * *

Los temores del «S’get» B'snik no eran infundados. Observadores interplanetarios, de vigilancia en los más lejanos confines de la galaxia, habían detectado ya, desde hacía algún tiempo, una creciente y continuada exploración de sistemas planetarios, por parte de naves lenticulares y tripuladas por seres «androides» de pequeña estatura, abultada cabeza —de cerebro desarrollado y, por tanto, sumamente inteligentes—, que desaparecían rápidamente cuando los observadores de ZEMU o de otro mundo habitado los descubrían.

En la Base Uno, el Centro General de Observación Interestelar de ZEMU, se habían detectado numerosos casos, por lo que se informó al Consejo Cívico. Al cabo de algún tiempo, la orden recibida fue:

«Capturen una de esas naves y averigüen de dónde vienen, qué se proponen y quiénes son».

El propio B’snik, que recibió órdenes al respecto durante su período como «N'get», sabía cuán difícil era cumplir aquella orden. Cinco veces, exactamente, su nave nodriza descubrió la presencia de los intrusos. Y en tres ocasiones, el «N’get» B’snik y su tripulación salió en misión de intercepción, disparando descargas magnéticas paralizantes que no sirvieron de nada.

Ulteriormente, los informes se fueron haciendo cada vez más alarmantes. Las inalcanzables naves espaciales desconocidas fueron vistas sobre el cielo de ZEMU, inmóviles durante unos minutos, para desaparecer después vertiginosamente.

En numerosas colonias rurales, también se vieron naves de varios tipos y comprobaron «azemuzajes». Después, la alarma cundió al saberse que los misteriosos «pigmeos» del espacio habían efectuado algunos secuestros, llevándose en sus naves hombres, mujeres y niños, de los que nada más volvió a saberse.

La vigilancia se intensificó y se realizo la primera movilización civil, con objeto de reforzar la vigilancia exterior, que se hizo más intensa y eficaz. Se crearon también, por aquel tiempo, las primeras naves de propulsión fotónica, casi ingrávidas, y que podían desarrollar velocidades hiperlumínicas.

Fue el «T-get» Krevo, a cuyas órdenes había servido B'snik en sus tiempos de aspirante, quien capturó la primera espacionave «d'dioma», logrando interceptar su trayectoria de evasión magnetizándola con los impulsores ultralumínicos, y capturar a sus tripulantes, que eran seis pequeños seres cabezudos, muy pelados, de ojos grandes y saltones, y que hablaban un lenguaje chillón e incomprensible.

Trasladados a la Base Uno, los «d'diomos» fueron encerrados en celdas separadas y sometidos a reconocimiento y estudio por parte de los biólogos y antropólogos.

El resultado fue descorazonador, porque los prisioneros se negaron a colaborar con sus captores, encerrándose en un mutismo hostil. Y lo peor fue que, a las pocas semanas, los cautivos murieron repentinamente.

Fue poco lo que se pudo averiguar de su origen, sistema social, organización y hasta morfología, aunque los antropólogos pudieron comprobar que se trata de «humanoides» de desarrollada capacidad intelectual y fisiología muy semejante a la humana, aunque sus velludos brazos eran más largos de lo normal.

Entonces se ignoraba que procedían de una galaxia situada a más de cien años luz de distancia, en la constelación de Boyero, y que formaban parte de una federación de mundos, de origen antiquísimo, conocido entre ellos como «diomos». Como eran numerosos los planetas de la confederación «Dioma», para diferenciarlos entre sí, dado que existían entre ellos, se anteponía un signo. Así, habían «adiomos», «b'diomos», d'diomos», etc.

Debido a la creación de las naves de propulsión fotónica, realizadas en la factoría astronáutica subterránea de la Situación

1.311, el Consejo Cívico ordenó a la Base Uno que realizara una exploración extragaláctica hacia la dirección cósmica de donde procedían las naves inquietantes de los «d'diomos», a los que se debía «observar», pero no capturar, debido a la suerte que corrieron los seis primeros prisioneros.

Reforzado el cuerpo de «observadores» interplanetarios por la movilización ordenada por el Consejo Cívico, pronto se obtuvieron resultados alentadores. También los «observadores» situados en distintos planetas de la galaxia informaron de la creciente aparición de «platillos» «d'diomos» en puntos tan lejanos como el Sistema Solar.

Todo aquello sólo podía significar una cosa: si los incursores continuaban sus visitas, secuestros, aterrizajes y observaciones, la guerra sería inevitable. El Consejo Cívico de ZEMU mantenía relaciones cordiales con numerosos mundos de la galaxia, como eran los «ocaros», los «trenxtlos» y los «miranos», pueblos éstos que formaban civilizaciones altamente desarrolladas, y que ocupaban mundos situados en lejanos puntos de la Vía Láctea. Incluso, desde hacía algunos siglos, se intercambiaban mensajeros plenipotenciarios, a modo de embajadores, y se había permitido la emigración y mezcla de estas razas en colonias de mundos vírgenes.

MIRAN estaba regido por un antiquísimo sistema monárquico y hereditario. El rey era un dios para sus súbditos. Sin embargo, aquel planeta jamás había conocido la guerra. La ley era tan antigua como la dinastía, sagrada e inviolable. Sólo los locos osaban desafiarla o burlarla y, como consecuencia, la electrocución, terminaba con la vida del infractor.

ZEMU y MIRIAM mantenían relaciones diplomáticas, no cordiales, muy distintas a las establecidas con OZCAR, el planeta sumergido por las aguas, y cuyas poblaciones estaban situadas en el fondo del mar poco profundo que lo cría todo.

Se sabía que todos aquellos mundos procedían de la altiva raza que habitaba TRENXTL, ahora sumida en un bárbaro ocaso, víctima de la enajenación, e incapaces ya, sus doce billones de seres, de huir de un destino fatal que oscurecía sus mentes 3' diezmaba sus planetas.

Parecía como si, a la vuelta de un millón de años, la raza de la que, indudablemente, procedían todas las demás, estuviera destinada a desaparecer. ..

* * *

Me he detenido al llegar a este punto, «zumbido» o el «hormigueo» mental que me produce la «transmisión» telepática de Mr. Marcel Molay, posiblemente enviada desde algún lugar del vecino país, el otro lado de los Pirineos, ha disminuido notablemente. Casi no lo percibo mientras escribo.

Miro en torno. Estoy confuso y extrañado. Todavía me impresiona bastante hablar conmigo mismo y escucharle a él «dentro» de mi mente. No me atrevo a preguntar, aunque sé que Mr. Marcel Molay «capta» mis dudas. Ello es debido a la última discusión telemental que tuvimos al empezar esta obra. Yo pretendía realizar un relato anovelado, suelto, ágil, de muchas páginas, donde surgieran extraños personajes como el «N' ivo» (especial de general) Krevo, jefe supremo de las Fueras Cívicas de ZEMU en el Sistema Solar; me hubiera gustado hablar de la dulzura de Eunik en la pequeña mansión semiesférica de la Colonia 12.546 y del coraje de la actual «S'get» Eunik, al mando de su nave espacial de cincuenta metros de diámetro, desenvolviéndose fugazmente entre el enjambre de platillos enemigos que circunvalaban la Tierra en nuestro año 1954. Pero «él» me lo prohibió.

»— Quiero una narración resumida y breve, tipo informe.

»— ¡Eso no lo leerá nadie!

»— ¡Me importa un comino que lean o no! No es ahora cuando la gente debe conocer quiénes somos, sino que, a través de este relato, expresamente narrado a zarpazos, se crea en la posibilidad de nuestra existencia.

¡Aquel era su indomeñable caballo de batalla! Estaba tan acentuado en él el sentido de la obediencia a su ley que era incapaz de violar hasta los incisos de su reglamento. El resultado era lo que he narrado hasta ahora, en apretada prosa, de la que no soy absolutamente responsable. Su propósito es hablar poco o nada de sí mismo o de su raza, y acentuar el panegírico de la gesta realizada por su flota espacial, al libramos de la inquietante presencia de los «d'diomos».

Me resisto a ello. El relato de una guerra espacial carece de interés. Los términos técnicos utilizados para manejar las máquinas, armas y métodos de navegación sideral carecen de sentido para todos mis lectores.

En cambio, el impresionante destino de los «trenxtlos», su origen misterioso y el virus genético que diezma una raza que llegó a alcanzar la exorbitante cifra del cien multiplicado mil veces por sí mismo, me fascina muchísimo más que una oleada de «ovnis».

— Por favor, Marcel — me dirijo a

él telementalmente —, háblame algo más de los habitantes de TRENXTL.

— ¡No intervinieron en la guerra! ¡Su Embajador en el Consejo Cívico de ZEMU se negó a prestarnos ayuda, alegando la caótica situación en que se desenvuelve actualmente su raza y cuyo fin es inminente.

— ¿Es ése el destino de la humanidad cósmica? — insistí.

— ¡No! — creo que debió gritarme B'snik, con toda la energía de su mente, porque mi cerebro sufrió un «shock» —. ¡Ése es el destino de los «trenxtlos», no el nuestro! ¡Ellos se negaron tajantemente a mezclar su sangre con la nuestra! ¡Eso es lo que les diezma ahora!

— No es seguro, pero sí probable. Nosotros, que nos hemos mezclado desde hace siglos con «miranos», «ozcaros» y «hurkos», a los que aglutinamos en ZEMU dada su proximidad, creando una superraza, no hemos sentido jamás los síntomas de la enfermedad que diezma a los «trenxtlos».

»Además, en nuestra ley consideramos «homónimos fraternos» a todos los seres que tienen nuestra misma morfología.

— ¿Como nosotros? — pregunté. Pero no obtuve respuesta.

Capítulo II

El «S'get» B'snik presintió el peligro al acercarse a la raposa, estéril, desértica y áspera superficie del planeta, tras el que se había ocultado la nave desconocida que venían siguiendo desde el vacío exterior del sistema Tlaca.

Se trataba, según pudo apreciar a través de las pantallas telescópicas, de uno de esos mundos gigantes y errantes, como inmensos globos muertos y desgajados de algún sistema solar que ya hubiera desaparecido. Sólo la inercia, la cohesión y la escasa fuerza centrífuga de su núcleo interno le mantenía aún formando un bloque. Pero B'snik sabía que la más mínima explosión, sacudida o fuerza magnética externa, podía romper su equilibrio geofísico y dispersar por el cosmos los fragmentos de su enorme masa.

Con semblante inexpresivo, B'snik se volvió al «N'get» Lerk, su primer oficial.

— ¡Cuidado con ese planeta muerto, Lerk!

Nuestras vibraciones pueden provocar un cataclismo.

— Hemos de aproximarnos. No me extrañaría que esa nave hubiera aterrizado ahí para ocultarse. Estábamos casi encima.

— Lo sé, Lerk — respondió B'snik, gravemente —. Pero no sacrificaré mi tripulación y mi nave por alcanzarlos. Cualquiera de nosotros vale mucho más que ellos.

Lerk debió pensar que su jefe evitaba deliberadamente los riesgos, por llevar a bordo a su esposa, la cual aguardaba un bebé. Desde luego, la «N'get» Eunik, oficial de navegación, había demostrado siempre un gran celo en el cumplimiento de su deber. Ni Lerk ni los otros dos oficiales de a bordo podían reprocharle

nada. Pero el jefe de la nave media de observación y vigilancia amaba a su esposa.

— ¿Qué órdenes son las tuyas, pues?

— Vamos a mantenernos en posición orbital fija, a diez mil kilómetros de la superficie de ese mundo errante, que clasificaremos como... — Antes de continuar, el «S'get» B'snik consultó una pequeña pantalla de datos astronómicos —... «Zek-4».

— «Zek-4» — repitió el oficial Lerk —. Control de navegación, verificar su órbita.

— Aquí control de navegación — respondió la agradable voz de la oficial Eunik, a través de la rejilla de un amplificador de cadmio —. Clasificado y computado... «Zek-4» en registro.

— Orden transmitida —añadió Lerk, volviéndose a mirar a su jefe, quien continuaba sentado ante el tablero principal, fija la mirada en los indicadores y pantallas de dirección —. ¿Qué más?

— Una vez en la posición orbital fija, una de las naves auxiliares efectuará un reconocimiento a baja altura. Si los intrusos han tomado tierra y están en la superficie, podremos detectarlos por medio de los proyectores infralumínicos de baja frecuencia. No creo que ellos puedan detectarnos.

Eran órdenes sensatas y precisas. No podía esperarse otra cosa de un experto oficial como B'snik, cuya nave podía perturbar el equilibrio del gigante cósmico que erraba por aquel borde inferior de la galaxia. Era correcto mantenerse en orbitación fija, sobre la superficie hemisférica en la que se suponía ocultos a los «pigmeos» megacéfalos.

Sin embargo, el «N'get» Lerk sentía curiosidad morbosa, a pesar de su inteligencia nada común, que le había servido para ocupar el segundo puesto de la nave.

—¿Y quién va a realizar la exploración? —preguntó, tratando de no delatar sus emociones.

B'snik no vaciló al responder:

—Irá la «N'get» Eunik. Ella es la más indicada, en este caso. Su condición de mujer no la exime del cumplimiento del deber. Además, el oficial de navegación, siempre se ha encargado de los reconocimientos exteriores cuando la nave está en orbitación fija.

Aquello era cierto. Si la nave no navegaba, el oficial del control de navegación quedaba libre, mientras que los otros oficiales estaban obligados a permanecer de guardia.

Por otra parte, antes de emprender aquel vuelo, Eunik se había encargado de las comunicaciones. Pero como el anterior controlador de navegación fue ascendido y pasó a ocupar un cargo más elevado en otra nave, Eunik tuvo que ocupar su puesto. Así lo exigía el servicio.

Ahora, surgía el problema y era necesario enviar a la superficie de un planeta moribundo y peligroso a la tripulación de una nave auxiliar. En aquel caso concreto, la casualidad había querido que el oficial de control de navegación fuese una mujer, estuviera en estado de gestación y se tratara de la esposa del comandante de la nave.

—Posición orbital fija en la conjunción 10-3- 10.000 —habló, de pronto, Eunik, a través del amplificador de cadmio.

—Correcto —admitió B'snik, echando una ojeada a su tablero—. Ahora, «N'get» Eunik, te prepararás con la primera dotación auxiliar para efectuar un reconocimiento a baja altura, utilizando los proyectores

infralumínicos.

— Sí, B'snik — aceptó Eunik, casi alegremente.

— Se trata de localizar la nave desconocida para que nosotros podamos imposibilitarla en tierra. Necesitaremos informes rápidos y precisos. No es necesario que te diga que no debes exponerte lo más mínimo.

— Así lo haré, B'snik — replicó Eunik —. Estaré lista dentro de cinco minutos.

— De acuerdo. Ve a prepararte.

* * *

Eunik era una mujer — ¿o debo decir que todavía lo es? —muy bella, inteligente e intrépida. El mayor placer de su existencia era servir a su raza, a su mundo y a su civilización, a través de las órdenes de su esposo, al que adoraba como hombre y como oficial. Allá en su mansión de la Colonia 12.546, la vida con él había sido una felicidad. Ambos amaban los mismos deportes, se deleitaban con los mismos poemas y jamás tuvieron la más insignificante diferencia.

Por si fuese poco, el amor y la vitalidad de ambos hizo que ella sintiera, por vez primera, palpitar una vida nueva en su seno. El hijo que había de venir sería fuerte, sano, hábil, valiente, como sus padres.

Eunik no quiso permanecer en casa, cuando recibieron órdenes de partir. Podía haberlo hecho, alegando su estado. Pero prefirió más acompañar a su esposo, por amor y porque el deber se lo exigía.

Estaba contenta de que B'snik no hiciera excepciones con ella. El reglamento debía cumplirse, y más aún, en los altos espacios siderales, donde las vidas de toda la tripulación dependían del perfecto sincronismo entre el mando y la obediencia.

Un buen observador especial estaba entrenado para todo, pero, en especial, para el acatamiento y la sumisión más estricta. Por otra parte, los individualismos eran raros en ZEMU.

Eunik se vistió el plateado traje de exploración exterior. Abandonar la nave nodriza a bordo de un pequeño disco ovalado,

con capacidad reducida, exigía una serie de precauciones que no podía olvidar.

Los diez hombres a su mando, todos jóvenes, algunos aspirantes y técnicos, la aguardaban, formados en el hangar, cuando ella salió de la cabina motriz. Los revisó brevemente, comprobando sus equipos de vuelo individual y los indicadores de sus cápsulas de oxígeno, y luego subió a bordo de la pequeña nave, por el portillo interior circular, yendo a ocupar su puesto ante el tablero de mando directo.

Los tripulantes la siguieron y todos se situaron en el lugar que le correspondía, sin hablar, sentados en torno a la cabina circular.

— ¿Listo, Pach? — preguntó Eunik.

— Sí, todo dispuesto.

— Permiso para despegar... ¡Impulsión magnética!

El acelerador ciclotrónico se puso en marcha silenciosamente. La pequeña nave de impulsión magnética, perdida ya parte de su gravedad, se alzó sobre el piso metálico del hangar, a la vez que se descorría una de las escotillas inferiores.

Entre los hombres que abandonaban la nave nodriza surgieron algunas miradas de simpatía hacia su jefe. Eunik era humana, inteligente y bella. Sus subalternos la adoraban.

Pero ella habló en tono frío, oficial.

— Allá abajo, en las sombras de un mundo errante y muerto, se ha ocultado una nave de procedencia ignorada, que no ha obedecido las órdenes de detención. Las circunstancias nos obligan a ser precavidos, y por ello descendemos nosotros a tratar de localizar a los intrusos.

«Hemos de actuar con sigilo y rápidas. Cuando los detectemos por medio de los proyectores infralumínicos, avisaremos al jefe. Ellos intervendrán para inmovilizar la nave en tierra, antes de que pueda despegar.

— ¿No son esas naves más rápidas que las nuestras? — preguntó un aspirante.

— No, puesto que les íbamos dando alcance cuando optaron por refugiarse en ese mundo que la

casualidad ha puesto en su camino. O tal vez supieran que estaba ahí y acudieron a refugiarse al verse perseguidos.

«Nuestras naves medias, de propulsión fotónica, son algo más rápidas que las de ellos. Han debido llevarse una sorpresa al descubrir que estamos más civilizados que ellos.

— Sí — admitió Pach —. Puede que decidan dejarnos en paz de ahora en adelante.

— No seas triunfalista, ni cantes victoria antes de tiempo, Pach. Se sabe que esos seres proceden de mundos altamente civilizados y en continua expansión. Lo que están haciendo es observarnos, como nosotros hemos observado a otras razas de la galaxia.

La pequeña nave plateada y lenticular descendía ya sobre la rugosa y áspera corteza de aquel mundo, al parecer inorgánico, que deambulaba entre las eternas sombras del cosmos. Se le podía ver gracias a las pantallas de proyección infraluminica, cuyos rayos taladraban las tinieblas, dando una coloración azulado-verdosa al abrupto paisaje.

Eunik y sus subalternos habían visto mundos muertos y vivos, agrestes y escabrosos, pero el que ahora contemplaban en la pantalla, como ascendiendo al encuentro de la pequeña nave, era algo escalofriante, aterrador y espantoso.

Vieron altas montañas pardas, profundas y negras grietas que hendían irregularmente la corteza de; planeta, abismos llanuras de polvo inmóvil, y ni el menor atisbo de vida. Allí, la muerte y la desolación poseía un grafismo trágico.

— Una nave puede ocultarse en cualquier parte — observó un técnico.

— Cuidado, Kufverk — replicó Eunik —. Ellos deben saber tan bien como nosotros el peligro que corren de provocar un desequilibrio geofísico. Las altas vibraciones moleculares pueden producir una hecatombe y no me

gustaría verme envuelta en la explosión.

— ¿Qué puede ocurrir? — preguntó un joven técnico, movilizado por el Consejo Cívico como auxiliar de Observación Interestelar, sin poder ocultar un gesto de temor.

— Podríamos chocar contra uno de esos enormes bloques pétreos que saldrían despedidos como proyectiles inmensos y ser destruidos y proyectados al infinito, como meteoros — contestó Eunik, con una sonrisa, añadiendo —: Sin embargo, esa posibilidad es muy remota. Nuestras vibraciones moleculares son débiles.

De todas formas, no resultaba fácil localizar una astronave extraña en medio de aquel caótico paisaje geológico. Eunik, además de los proyectores infralumínicos, recurrió a los detectores ultrasónicos, creyendo que los seres buscados podían hacer alguna clase de ruido, en el interior de su nave.

Pero lo que jamás podía esperar la «M'get» Eunik, fue lo que realmente ocurrió, en el momento más inesperado, cuando, para eludir el talud, casi cortado a pico, de una elevada montaña, maniobró los mandos de ascenso... ¡y éstos no le obedecieron!

— ¡Cuidado, Eunik! — gritó Pach, poniéndose en pie.

Un instante después, una luz cegadora les envolvió.

Todo pareció volverse blanco, reluciente, como si el sol hubiera surgido de pronto de las tinieblas, envolviéndoles con ingentes rayos. Luego, ya casi sin sentido, Eunik trató de enderezar el rumbo. Mas las palancas de vuelo no respondieron.

La nave, ya sin control, fue dirigida por el rayo de luz hacia una hendidura en la roca, que nadie había observado, y en cuyo interior estaba la nave que habían estado persiguiendo.

* * *

Eunik recobró la noción de la realidad, encontrándose, para su sorpresa, en el interior de una cabina de paredes metálicas y amplias dimensiones, donde había cuatro pequeños seres, con

uniformes blancos, escafandras metálicas y rostros velludos, de grandes ojos saltones, que la miraban a través del metal transparente de sus cascos.

El interior de la cabina estaba desprovisto de mobiliario, a excepción de la extraña silla giratoria y reclinable, en donde se encontraba Eunik, sujeta de pies y manos por abrazaderas metálicas.

La mujer de B'snik se dio cuenta de que le habían puesto un extraño casco y aplicado a sus pies descalzos una especie de cátodos o ventosas de metal brillante.

Uno de los cuatro pequeños individuos se acercó a ella. Eunik trató de disipar la desagradable impresión que le causaban aquellos ojos extraños. Vio también la hendidura de la boca del otro y se extrañó de sus blanquísimos dientes.

— No debe temer nada, señora — pareció decir el individuo, en lengua «zemu» —. No queremos hacerle daño.

Eunik se sobrepuso. Poseía entereza para toda clase de situaciones difíciles e inesperadas, puesto que había sido eficazmente entrenada para ello. Y, aunque era la primera vez que se hallaba ante aquella clase de sujetos, su contacto con otras razas no era nuevo.

Supo también que no le hablaban en lengua «zemu», sino que le transmitían el pensamiento, posiblemente por medios eléctricos.

— No temo nada. Por supuesto que no — dijo con entereza.

— Eso está bien, señora. Soy Saak-Diomo, el jefe de esta nave espacial. Éstos son mis ayudantes. Tampoco se preocupe de sus compañeros. Todos están bien. Se hallan dormidos y descansando. ¿Son ustedes de «Zemu» o de «Ozcar»?

— De «Zemu» — contestó Eunik.

— Lo suponía. Se han desprendido de una nave mayor que permanece inmóvil sobre este mundo muerto.

— Sí.

— ¿Cómo se llama usted?

—Eunik.

—Su esposo manda la nave grande, ¿verdad?

Eunik no ocultó su sorpresa.

—¿Cómo lo han sabido?

—Hemos escudriñado sus ondas psíquicas... Una especie de encefaloscopia profunda. Lamento que nuestro aspecto externa difiera del de ustedes. Sé que nos consideran repulsivos. Sin embargo, le aseguro que el sentimiento no es recíproco. Ustedes son esbeltos, bien proporcionados e inteligentes.

«Nuestra raza, como ve, no resultó muy favorecida en el reparto estético — Eunik creyó captar algo así como un suspiro de resignación mental —. Más eso no importa. No deben considerarnos como enemigos. Somos una vanguardia de exploración en esta concentración de estrellas ¿Galaxia, no es así?

«Procedemos de «d'diomo» y hemos viajado por «túneles hiperlumínicos». Nuestros hermanos seguirán llegando paulatinamente, puesto que no tenemos regreso. La inversión del tiempo nos lo impide. ¿Comprende usted?

—¿No pueden regresar a su galaxia?

—No. Hemos de establecer bases de ésta, intensificar la exploración y buscar mundos en donde poder establecernos definitivamente. Hay muchos planetas brumosos y deshabitados que pueden servimos.

—La Vía Láctea pertenece a las razas que la pueblan — contestó Eunik secamente.

—A ustedes les sobra espacio. A nosotros nos falta. No queremos pelear...

—¡Pero han estado vigilándonos, interceptando nuestras comunicaciones y hasta secuestrando a nuestros

congéneres! — acusó Eunik.

— Sí, es cierto — dijo Vaad-Diomo, sin alterar la grotesca expresión de su rostro bestial —. Eso hemos hecho. Necesitábamos saber cómo son ustedes, cuál es su cultura y a qué nivel están sus ciencias y su técnica.

«Por ello deseamos ser acogidos como viajeros del cosmos que necesitan hospedaje para sus naves.

— Temo que eso no sea posible. Habrán de regresar a su galaxia, aunque cuando lleguen allí hayan transcurrido millones de años. Si les dejamos instalarse aquí, ustedes no detendrán su expansión, enviándonos tantos de sus semejantes que terminarían por adueñarse de todo. Y no creo que el cruce de nuestras respectivas razas nos favorezca mucho.

— Gracias por su sinceridad, señora. Ha dicho usted lo que ya sabíamos por otros informes. Pero nuestra expansión es irreversible. Seguirán llegando nuestras naves, cada vez más rápidas y perfeccionadas, y nos veremos obligados a invadir planetas que reúnan condiciones de vida para nosotros.

»Mientras decidimos cuál debe ser la suerte de ustedes, será atendida convenientemente en una celda, semejante a la que ocupan sus compañeros. No soy partidario de exterminarlos, a menos que lo exija nuestra seguridad… Ahora, duérmase y descanse. Si decidimos matarles, no sufrirán en absoluto… Buenos días, señora Eunik… Felices sueños…

Sin poder sustraerse el influjo hipnótico de aquellos ojos saltones, Eunik se durmió.

Capítulo III

El «S’get» B’snik acogió la noticia sin pestañear siquiera, dejando al primer oficial Lerk confuso y perplejo, sin saber si su jefe era un hombre o una máquina sin sentimientos.

— Está bien, Lerk. Eunik ha desaparecido y no sabemos lo que ha sido de su nave auxiliar. Sin embargo, no creo que hayan sufrido un accidente.

— ¡Eso es lo que supone Brax! ¡Oyó un grito por radio antes de perder el contacto!

— Eso no significa nada concreto. Pudieron ser atacados o se estrellaron contra el suelo. Como conozco la pericia de Eunik, rechazo la posibilidad del accidente. Eso quiere decir que han podido ser atacados por la nave extranjera, a la que debemos considerar desde ahora como enemiga.

«Ellos no pueden salir de su refugio. Si lo hacen, los paralizaríamos. Por tanto, he pensado que lo mejor es esperar un poco, pedir ayuda al «T'get» S'bol y luego atacar.

— ¿Y correr el riesgo de que ese mundo reviente y nos envuelva en un cataclismo?

— Nuestra vida es riesgo, Lerk. En esta profesión se muere con facilidad. No podemos dejar a esas once personas en poder de los intrusos. Hemos de hacer todo

lo posible por rescatarlas y, al mismo tiempo capturar a esos seres, para llevarlos a la Base Uno. Necesitamos saber más acerca de ellos.

— No creo que se dejen atrapar. En el peor de los casos, se autodestruirán, eliminando a tu mujer y a los...

— ¡Basta, Lerk! — exclamó B'snik, delatando por vez primera sus emociones — ¡Mi actitud no debe dejarse influir porque Eunik sea mi esposa y haya podido morir!

— Sí, entiendo — replicó el primer oficial —. Diré a Brax que se comunique con el «T'get» S'bol y que nos envíe ayuda.

— Hazlo inmediatamente.

Lerk abandonó el puesto de mando. Podía haber dado instrucciones por interfono, pero prefirió más dejar solo a B'snik. Era hombre y necesitaba estar solo con su pena.

B'snik se encontraba apenado, por supuesto. Pero ello no le impedía en absoluto cumplir con su deber de jefe de la nave espacial. Se daba cuenta de que la adversidad le había asestado un rudo golpe. Posiblemente, Eunik y su grupo habían muerto. Pero algo le decía que esto no había ocurrido. Su presentimiento no le mentía. Mas ¿qué hacer? Si enviaba otra nave auxiliar, otras once personas correrían la misma suerte y su dotación quedaría reducida a la mitad. Se le acusaría de inexperiencia e impericia. No era esto lo que el Centro de Observación Interestelar esperaba de él.

Lo más sensato era lo que había hecho. Pedir ayuda y esperar. Pero eso significaba tener que perder tiempo, ser paciente y tener calma. ¿Podría resistirlo, sabiendo que Eunik podía estar en peligro de muerte?

¿Y si en vez de esperar descendía con la nave hacia la superficie de aquel rugoso planeta en sombras y trataba de inmovilizar a la nave alienígena con descargas antimagnéticas! ¿No corría el riesgo de provocar un cataclismo? La observación directa le había indicado el peligro que encerraba aquel mundo aparentemente muerto. ¿Y si no lo estaba? ¿Y si su núcleo era más sólido de lo que todo daba a entender? ¿Cómo arriesgarse a lo peor, poniendo en

peligro su nave, su vida y la de Eunik?

Lerk regresó al poco, con malas noticias:

— Lo siento, B’snik. S’bol está ocupado más allá de Miran, siguiendo a una escuadrilla de astronaves intrusas. No pueden ayudarnos. Van hacia regiones remotas y tardaran en regresar. Parece ser que hay una verdadera invasión extragaláctica. Nos aconsejan que avisemos al «N’ivo» Falke, en la Base Uno.

— ¡S’bol está loco! — exclamó B'snik, poniéndose en pie de un salto y enfrentándose a su primer oficial —. Cuando recibamos ayuda de la Base Uno, ya será tarde... ¡Atacaremos nosotros solos!

Lerk no pudo contener su alegría,

— Sí, B'snik... ¡Ataquemos cuanto antes! Si ese mundo ha resistido las vibraciones de la nave contraria, ¿por qué no ha de resistir la nuestra?

— Ordena situación de emergencia. Que se conecten todos los detectores y se rastree la superficie con «ecos magnéticos». En cuanto haya respuesta afirmativa, les paralizaremos con tres focos.

Lerk se apresuró a ocupar su puesto de órdenes, colocándose el casco auricular. Su voz era firme al repetir las órdenes recibidas y que B’snik iba controlando en su cuadro de mandos.

La inmovilidad de la nave, de más de sesenta metros de diámetro y su coraza de titanio antimagnético, se acabó, iniciándose un descenso lento y gradual, hasta situarse en posición cómoda para iniciar el rastreo del suelo.

— Brax — llamó B’snik por el interfono —, pon atención a los vibradores acústicos. Al más leve

indicio de seísmo, debemos saltar hacia el espacio.

— No hay alteración alguna, Bisnik — replicó la voz del «N'get» encargado de las comunicaciones —. Es, por supuesto, un mundo muerto, como un meteoro gigantesco, pero que no da muestras de desequilibrio. Su núcleo debe ser férrico.

— Carece de magnetismo, Brax.

— Sí, pero puede poseer otro metal no magnético, aunque sea raro.

— De todos modos, atento al control. Hemos de abrir bien los ojos.

La exploración continuó durante varias horas, barriendo grandes zonas de aquel insólito paisaje que sólo revelaban las pantallas infralumínicas, hasta que, de pronto, un intenso rayo blanco, que surgió de la hendidura de una vertiente montañosa golpeó la nave.

Ante su tablero de control de dirección, B'snik no vaciló, a pesar de haber quedado momentáneamente cegado. Su mano derecha, instintivamente, presionó un mando. Era lo único que podía hacer en aquel instante: sacar la nave del peligro.

La aeronave vibró intensamente, brincó acto seguido y eludió el fatídico rayo luminoso que habría neutralizado todos sus dispositivos de vuelo. Pero la sacudida molecular fue tan intensa que ocasionó un fuerte impacto sobre el terreno.

Acto seguido, mientras la nave de B'snik escapaba a las alturas, el suelo tembló sobre el planeta muerto. Se produjo un desequilibrio geológico, provocado por las vibraciones magnéticas, y la tierra se abrió, produciéndose una amplia grieta que precipitó las altas cimas de la montaña hacia su interior.

La hecatombe final, empero, no se produjo. Todo quedó reducido a un hundimiento local, de gigantescas proporciones, pero que no acabó con la precaria existencia del planeta solitario.

La nave «d'dioma», causante del desequilibrio, quedó sepultada bajo millones de toneladas de polvo y rocas, mientras que la dirigida por B'snik se ponía a salvo a gran altura, para verificar los desperfectos sufridos por el rayo.

Pronto comprobaron que el daño había sido nulo. B'snik recibió

los informes de sus colaboradores, sin pestañear, a pesar de que en su pecho la angustia por la suerte de Eunik acababa de tomar mayor incremento.

— ¡Hemos tenido suerte! — dijo Brax —. El rayo luminoso no nos ha causado daño.

— Estuvimos expuestos a él sólo décimas de segundo — declaró B'snik —, Conviene sin embargo, efectuar una prueba general de maniobrabilidad, para cerciorarnos de que todo funciona correctamente. Luego, descenderemos de nuevo.

Lerk, poco después, informó de los cambios sufridos en la superficie del planeta errante. Mostró a B'snik la grabación realizada hasta el momento del ataque.

— Los que efectuaron el disparo ultralumínico estaban ocultos dentro de esta hendidura — Lerk señaló la proyección en la pantalla —. Si la intensidad calorífica hubiera sido algo mayor, o nosotros nos quedamos unos segundos más expuestos a ello, no habríamos podido sustraernos a su ataque.

— Sí —admitió B'snik —. Es evidente que calcularon mal.

— ¡Y las consecuencias las han pagado caras! Mira cómo está ahora el lugar desde el que nos atacaron.

B'snik pudo comprobar en la pantalla lo observado por Lerk. El paisaje había cambiado totalmente.

— ¡Han debido quedar sepultados! — declaró.

— Y, por tanto, no tienen escapatoria — terminó Lerk —. Podemos atacarles, inmovilizarles y desenterrarlos con nuestros disgregadores moleculares.

B’snik no respondió en el acto. Hizo retroceder aquella especie de filmación tomada durante el reconocimiento del planeta muerto y la compararon con el estado actual en que se hallaba el lugar sacudido por las vibraciones moleculares.

—¡ Esa nave está sepultada bajo millones de toneladas de polvo y rocas. Pero debe estar intacta...

— O convertida en chatarra —atajó Lerk.

— ¡No! — gritó B’snik, volviéndose a su primer oficial— ¡Tiene que estar intacta! ¡Presiento que Eunik y nuestros compañeros se encuentran dentro de ella, esperando que vayamos a rescatarlos!

— Si es así, se alegrarán cuando les rescatemos ¿Cómo lo haremos B’snik?

— Nos vamos a posar exactamente aquí —dijo B'snik, señalando un punto en la pantalla—. En seguida iniciaremos la desintegración del terreno. Emplearemos un equipo antitérmico. Hay que llegar hasta dónde está esa nave, perforar su envoltura y sacar a todos sus ocupantes. ¡Acción inmediata!

— Sí, B’snik.

* * *

La sonda magnética accionada por el «N’get» Brax devolvió el perfecto relieve de la nave sepultada a treinta metros de profundidad. Inmediatamente, el equipo de perforación, con sus desintegradores y los equipos antitérmicos, inició el trabajo en línea horizontal, abriendo una galería de casi dos metros de altura, por otros tantos de ancho.

Chorros de lava ardiendo surgieron del agujero, cuando el fuego fundió el polvo y las rocas. En medio de aquel arroyo hirviente, los hombres, protegidos por sus atuendos refrigerados, avanzaron por el interior de la galería.

En menos de quince minutos, llegaron hasta el lugar donde estaba sepultada la espacionave «d’dioma». Los tubos flexibles de la refrigeración habían ido solidificando las paredes del túnel, a muy bajas temperaturas. Parecía ahora una negra galería de paredes de hielo.

Los perforadores avisaron a B’snik por radio haber alcanzado el objetivo e informaron de ciertos ruidos qué captaron en el interior de la nave aprisionada.

— Romper el metal por el sitio más directo. Luego, que Kranx entre en el interior —ordenó B'snik—. Los demás quedaos en el túnel, en previsión de lo que pueda ocurrir.

Aquello fue todo. La plancha metálica, una aleación de cuprovanadio ionizado, se fundió ante el rayo ígneo del soplete utilizado por el «aspirante» Kranx, hasta dejar una apertura capaz de permitirle el paso. A través de ella, Kranx vio una cámara de reducidas dimensiones, con una máquina de partículas y un tablero de control, y una puerta deslizante, en la que había un «d’diomo» mirándole.

La actitud del «pigmeo» no era agresiva. Pero Kranx dirigió hacia él su proyector paralizante, haciendo estremecer al individuo y luego desplomarse al suelo, entre convulsiones.

— He abatido a uno —informó Kranx—. Debe haber más, pero no capto ningún ruido.

— ¡Que entren Bresk y Luygon! —ordenó B'snik—. Id registrando todo el interior. Os envío refuerzos.

Los otros dos perforadores obedeciendo las órdenes de B’snik, siguieron a Kranx al interior de la nave, empuñando fuertemente sus proyectores paralizantes. Pasaron por encima del «d’diomo» insensibilizado y salieron a un pasillo discoidal, donde encontraron a otro individuo de enorme cabeza, ojos saltones y mono blanco, que se dejó abatir por la doble descarga de los proyectores, sin oponer resistencia.

Al fin, por una puerta abierta, llegaron a la sala de control, en donde se hallaban otros cinco «d’diomos». Pero éstos habían alzado sus largos brazos, casi tocando el techo con ellos, mientras que uno hablaba con voz chillona.

— ¡Se rinden! — exclamó Luygon,

que ya estaba a punto de disparar — ¡Que no se mueva nadie! ¿Alguien entiende nuestra lengua?

—Yo... Un poco... —habló Vaak-Diomo—. Mi ser jefe de esta nave.

Kranx fue quien avanzó hasta situarse frente a Vaak-Diomo, al que apuntó al rostro con el proyector.

—¿Dónde están nuestros compañeros, los que iban al mando del «N'get» Eunik?

—Estar bien... Dormidos... No correr peligro ... Nosotros no haber tenido suerte.

—¡Queremos verlos! —exigió Bresk.

Vaak-Diomo asintió con un gesto de cabeza y señaló la puerta.

—¡Ve delante de mí! —ordenó Kranx—. Llévame a donde está Eunik.

Vaak-Diomo, sumisamente, caminó hacia 1 a puerta seguido de Kranx, mientras Bresk y Luygon continuaban vigilando a los otros «d'diomos».

Efectivamente, el jefe de la nave extranjera llevó a Kranx hasta una puerta deslizante, la cual abrió presionando en un interruptor. Dentro, tendida en el suelo, como muerta, yacía Eunik.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Kranx, alarmado.

—Duerme —replicó Vaak-Diomo—. Yo agradecer a vosotros gentileza de venir a salvarnos. No haber resistido mucho tiempo sepultados. Somos vuestros cautivos... Yo despertar señora.

Vigilado por el arma paralizante de Kranx, Vaak-Diomo se inclinó grotescamente sobre la dormida Eunik. Su largo brazo se estiró y su mano enguantada rozó el rostro de ella, a la vez que musitaba unas palabras sin sentido para Kranx.

Eunik abrió los ojos en el instante en que el «N'get» Lerk y varios «zemus» irrumpían en el pasillo de la nave extranjera.

Luego. B'snik, dando las órdenes siempre por radio, dispuso que Eunik y su grupo rescatado fuera sometido a un reconocimiento

médico a fin de apreciar las consecuencias que podían haber sufrido, antes de regresar a la nave nodriza.

Eunik dijo a Kranx, al recobrar los sentidos:

— Me encuentro bien, creo… No me pasa nada. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

Kranx, sonriendo, informó a la esposa de su jefe, mientras Vaak-Diomo permanecía a un lado, silencioso e inexpresivo. Con la llegada de los otros incursores armados, el jefe de la nave «d'diomo» fue conducido a su propia cabina de control donde quedó vigilado hasta que hubieron realizado las comprobaciones pertinentes de seguridad.

Al terminar el examen médico, Eunik fue autorizada a volver a la nave, con su esposo, quien la recibió lleno de alegría, abrazándola en presencia del sonriente Lerk.

— Te creíamos perdida, Eunik —dijo B'snik.

— Y lo estaba. No sé lo que ocurrió.

— Nosotros sí. Se ha comprobado que las pequeñas naves auxiliares son fáciles de dominar por los disparos ultraluminosos de esa gente. A nosotros quisieron hacemos lo mismo, pero fracasaron. Se produjo un seísmo y la montaña en la que se escondían se desplomó. Hemos tenido que fundir la tierra para llegar hasta vosotros. ¿Cómo te trataron?

— No puedo quejarme. El jefe de esa nave me trató bien. Es posible hablar con ellos, puesto que me interrogaron. Creo que podemos establecer el diálogo con Vaak-Diomo. Conmigo emplearon un procedimiento electrónico o parecido. La energía eléctrica de escaso voltaje accionó mi cerebro.

— Interrogaremos a esos individuos por supuesto, En el Centro General de observación

Intergaláctica apreciaran extraordinariamente este servicio.

Eunik recibió autorización para retirarse a descansar, mientras B'snik se cuidaba personalmente de la operación de rescate de la nave «d'dioma» sepultada, la cual querían trasladar a la Base Uno de ZEMU, para su estudio por los técnicos.

Así visitó la nave sepultada, cuando tuvo la seguridad de no correr ningún riesgo, y habló con Vaak-Diomo, el cual permanecía impasible y silencioso, junto con sus ayudantes, en la cabina de control que ahora dominaban los «zemus».

— ¿Cómo ha aprendido usted nuestra lengua?

— quiso saber B'snik, mirando fijamente a Vaak-Diomo.

— He pasado algún tiempo en ZEMU, señor.

— ¿Dónde? ¿Con quién?

— Cerca de una colonia. Establecimos contacto con una familia de técnicos a los que sometimos a un tratamiento psíquico. Ellos me enseñaron muchas cosas.

— ¿Cuánto tiempo hace que vienen ustedes a ZEMU?

— Muchos años. En realidad, hemos establecido bases en distintos mundos de esta galaxia... Disculpe mi dificultad de expresión. No estoy familiarizado con su lengua. Me cuesta entender y hablar.

— Lo hace usted muy bien. ¿Cuál es el propósito de su presencia en nuestros mundos?

Vaak-Diomo entreabrió la rendija de su boca, mostrando sus dientes blanquísimos.

— Me extraña su pregunta, señor. Creí que la conocían ya. Sabemos que otros compatriotas nuestros han sido capturados e interrogados.

— Suponemos que tratan ustedes de

establecerse en nuestros mundos.

— Estamos obligados a ello. Nos hubiera agradado poder establecer relaciones amistosas. Pero ello no es posible. Nos separa un abismo. Nosotros podríamos ayudarles mucho en su evolución, lo que les haría iguales o superiores a nosotros.

— ¿Qué pretende decirme? —se extrañó B'snik— ¿Se consideran más civilizados que nosotros?

— Represento a una raza infinitamente superior en número a la de ustedes.

— ¡El número no indica calidad superior!

— ¿Conoce usted nuestra civilización?

— No. Pero eso importa poco —replicó B'snik —. Ni ustedes ni sus naves nos superan. Si tratan de establecerse en nuestros dominios, los expulsaremos.

— Somos tantos como estrellas hay en el universo. Nos multiplicamos continuamente, con inusitada rapidez. Estamos destinados a controlar todo el universo. Nadie podrá impedírnoslo.

— ¡Nosotros lo haremos! —contestó B'snik secamente.

— Lo siento. No podrán. Desde hace tiempo, hemos establecido bases secretas en innumerables mundos de esta Galaxia. Ustedes nos han visto fugazmente y creen que somos una vanguardia exploratoria. Así es, en efecto. Pero estamos llegando continuamente. Día a día, nuestras naves son mejores y más

rápidas.

— Las nuestras también. Ante el reto que nos plantea la presencia indeseada de ustedes, hemos perfeccionado nuestros medios de propulsión y...

— Lo sé — dijo Vaak-Diomo —. Gracias a eso han podido darnos alcance. Pero no saben con qué medios disponemos. No averiguaran nada de cuanto tenemos aquí.

B’snik decidió concluir la discusión y atajó:

— Está bien. Todo esto será examinado por nuestros técnicos. Son ustedes nuestros prisioneros. No intenten desobedecer ninguna orden o morirán. Vamos a tomar todas las medidas necesarias para su traslado a ZEMU. Una vez allí, mi misión habrá terminado con ustedes.

Comprendido, señor —contestó Vaak-Diomo. —. Sabremos morir con entereza. Ese es nuestro destino en sus manos. Pero hay mil billones de «d’diomos» aguardando.

Capítulo IV

Encontré a Mr. Marcel Molay sentado en una butaca del hotel donde habíamos quedado citados «telepáticamente». Estaban en mangas de camisa, con la corbata suelta y llevaba unos pantalones de hilo, de color gris, y unos zapatos de diseño estrafalario. Lo curioso era que, en nuestra época, ni siquiera un extraterrestre como él pasaba inadvertido. Llamaba la atención de cuantos le veían. Estaba, pues, a la moda. Dejó el periódico francés que leía y se incorporó para darme la mano.

— Hola —me saludó, con una sonrisa—. ¿Cómo va el trabajo?

— Aquí traigo todo lo que he escrito hasta la fecha. Puede usted leerlo e intercalar las claves que quiera. Como todo es un puro absurdo, no creo que nadie lea más de veinte páginas.

B'snik, como se hacía llamar Mr. Marcel Molay, o viceversa, me señaló una butaca frente a él e hizo una seña al uniformado ayudante de recepción, quien se apresuró a situarse junto a nosotros.

— Martini seco para mí —pidió en francés — ¿Y usted?

« ¡Vino tinto! », estuve a punto de exclamar, hastiado. Pero dije, por «snobismo»:

— *Gin-tonic.*

Mi anfitrión, que leía casi todos mis pensamientos, sonrió y observó, al retirarse el empleado del hotel:

— Es usted curioso, Peter. ¿Está molesto conmigo? ¿Cuándo había soñado siquiera en poseer el dinero que ahora tiene?

— El dinero que usted me envía

atufa a falso. ¿Cómo lo hacen?

Volvió a sonreír y me dijo:

— No es falso. Tenemos una buena organización, con fondos propios. ¿Le he informado de que trabajo en una oficina mercantil, en Lyon? Claro que tenemos dinero en Suiza, en París, en Nueva York, y hasta en Moscú. Si yo «distraigo» unos miles de dólares para que usted escriba su obra, no hago más que cumplir las órdenes.

«Esa inocente novela cumple el doble objetivo de informar al lector y señalar a los «d'diomos» supervivientes y ocultos de nuestra presencia. Se dice por aquí que es más sordo quien no quiere oír…

— Sí, sí — atajé —. No me quejó de mi suerte, sino por sentirme un poco como conejillo de Indias de usted y los suyos.

Se inclinó hacia mí, me miró con sus extraños ojos azules, y me palmeó el brazo.

—Me es usted simpático, Peter.

— Me llamo Pedro.

— No importa. Me gusta más su seudónimo. Hoy mismo intercalaré las claves. Sólo usted las conocerá de entre todos los habitantes naturales de la Tierra. Pero las olvidará pronto. Debe cuidar empero, de que en la impresión de la novela no se modifique ni una sola coma de los mensajes.

— No puedo darle seguridad absoluta. ¿En qué consisten esas claves?

— Frases, palabras, giros y hasta letras con sentido para los interesados. Para el resto de los lectores, en cuyas manos caiga la novela carecerá de significado.

—¿Cree usted que será leída por ellos?

—Sí, por supuesto —dijo, halagándome—. En realidad, no son muchos. Pero están esperando instrucciones… ¡Y saben que llegarán de este modo!

—¿Cómo es ello posible?

Mr. Marcel Molay hizo un gesto amplio y repuso:

—Les hemos hecho llegar un mensaje por radio Las ondas se reciben bien en todo el mundo. Unas llegan de muy lejos y otras lo parecen. Una novela de ciencia-ficción puede convertirse en un periódico informativo. Hay páginas escritas. La prensa también trasmite mensajes cifrados en artículos o anuncios por palabras. Las ondas de radio se pueden alterar, retener, modificar y hasta interpolar.

La llegada de un camarero, con la bandeja y los vasos, interrumpió al «T'get» B'snik. Luego mientras bebíamos, cambió de conversación, diciéndome:

—Ahora escribirá usted acerca de la guerra galáctica de 1954.

—¿No teme que muchos lectores crean que no pudo ser posible?

—Míreme, Peter. Y mire en torno suyo. Soy una realidad, y los demás también lo son. Todo es real para quien lo admite; irreal para los que no lo aceptan. Eso es lógica humana. Todo está revuelto. Lo clásico y lo ultramoderno. Expresándose en un mismo idioma, las gentes hablan con lengua distinta. ¿Qué significa la Galaxia para un hombre sin cultura? ¿Sabe, acaso, un médico, pongo por ejemplo,

del lenguaje técnico de los astrónomos? ¿Y un matemático que sabe de la jerigonza que emplean los hampones de los puertos, por otro ejemplo? A un estudiante de economía no le hable usted de química, ni a un taxista le interesa la fauna abisal.

«Un mismo idioma sirve para muchas profesiones. La gente de cultura media utiliza unos cuantos miles de vocablos. Pero la técnica, en sus diversas facetas, utiliza otros miles, y cada especialista emplea un lenguaje diferente.

Seguía sin comprender dónde quería ir a parar. Y se lo dije.

— Atienda, Peter. Usted va a emplear un lenguaje llano, un vocabulario no muy rebuscado, sin complicaciones. Eso él lo que ha estado haciendo hasta ahora en sus obras. Sólo en contadas ocasiones, introduce palabras técnicas que sólo entienden los especialistas. Hay quien se preocupa de conocer su significado; otros no. Pero usted tiene muchos modos de decir las cosas, para evitar la monotonía. Incluso varía sus temas para no caer en la repetición.

— Sí, pero...

— Si yo le ordeno llamar a determinado número telefónico y transmitir un mensaje, ¿se enterará usted de lo que está diciendo?

—¡Sí, claro! —exclamé, impensadamente.

— Hágalo —dijo Mr. Marcel Molay —. Llame a este número —Me escribió rápidamente un número sobre el papelito de la cuenta dejado por el camarero —. No tiene más que decir: *Vaxk-daf-gram-edda-alum-vi.*

Nada más que eso. ¿Quiere que se lo repita?

Le miré furiosamente.

— ¿Pretende tomarme el pelo? —pregunté.

— Nada más lejos de mi propósito, Peter — me contestó sin alterar un solo rasgo de su expresión—. Le he puesto un ejemplo nada más. Cuando terminó la, contienda, numerosos «d'diomos», «grisdos», «provnos» y «alkeos» se refugiaron en este planeta. A muchos los hemos detectado y capturado. Pero hemos calculado en varios miles seis u ocho mil, los que desaparecieron y han transformado su aspecto físico, por medio de operaciones de cirugía plástica.

»Se asombraría usted si supiera lo fácil que es modificar el organismo de esa gente. Por tanto, es imposible saber, cuando va usted por la calle y contempla a la gente, quién nació en la Tierra o llegó a bordo de una nave extraterrestre.

«¿Recuerda aquella serie de televisión llamada «Los Invasores»? Aunque tenía muchos fallos, el ejemplo es el mismo. Los «d'diomos» no se desintegran al morir, como si fueran partículas iónicas inestables. Mueren como usted y como yo, dejando su cadáver a la acción de los elementos. Pero ni la más sagaz autopsia puede revelar su origen extraterrestre.

«Sabemos que ya no llegan en oleadas como antes. Destruimos sus naves y arrasamos sus bases. Pero estamos perdiendo lastimosamente el tiempo tratando de averiguar si determinado individuo, aquí, en España, en la pampa argentina o en Groenlandia, es un «d'diomo». Eso sólo lo saben ellos mismos y se guardan muy bien de decirlo.

— ¿Y cómo se multiplican? ¿No es mejor dejarlos que desaparezcan por sí solos?

— No importa el aspecto que tenga un «d'diomo», siempre será lo que es. Y se reproducen como ustedes o nosotros. Crean su propia

familia, tienen hijos a los que educan en secreto de su raza. Si no los desenmascaramos y los eliminamos dentro de algunos siglos dominarán toda la galaxia y. el sacrificio de nuestros Combatientes, durante la contienda, habrá sido inútil.

No encontré argumentos para replicar. B’snik, como siempre, tenía razón. Él conocía mejor que yo a los «d’diomos».

* * *

La nave intergaláctica penetró en órbita en torno a la Tierra. Por vez primera en su existencia, B'snik quedó contagiado por la belleza de aquel pequeño mundo que parecía enmarcado en la pantalla visora.

Se volvió al «N’get» Lerk, que estaba, como todos los miembros de la tripulación, vestido con el equipo de emergencia, y le dijo:

— He ahí nuestro objetivo, Lerk... ¡Parece un mundo de juguete!

— Según los datos facilitados por nuestros «observadores» permanentes, se trata de un mundo muy belicoso.

— En efecto. Sus habitantes forman un mosaico de pueblos intensamente divididos. Tenemos motivos para creer que, en la más remota antigüedad, razas muy poderosas del universo vinieron a establecerse aquí, formando colonias y pueblos, sin ningún vínculo racial entre sí.

— Eso es una teoría —objetó Lerk.

— Sustentada por leyendas y hallazgos arqueológicos — añadió B'snik —. De todos modos, ni siquiera nosotros conocemos nuestro verdadero origen. La verdad es que los terrestres y nosotros somos muy parecidos físicamente. Lo extraño es que

nos separen tantos siglos de cultura y ciencia.

— Según los datos que nos han facilitado los «observadores» permanentes, no están en un ciclo muy atrasado. Poseen una técnica bastante avanzada.

B’snik sonrió y repuso:

— Sí. Hay pueblos que poseen bombas atómicas, y otros que todavía se dedican a cazar con flechas y cerbatanas.

— ¿Cómo es posible eso?

— Debido a la diversidad de gobernantes lenguas y costumbres. Hay pueblos que no han salido aún de la prehistoria y viven como salvajes. Otros evolucionan poco a poco. El hemisferio septentrional, por el contrario, donde se ha concentrado la civilización y la cultura, ha tratado siempre de extender su hegemonía a los puntos más distantes del planeta. La evolución continúa, pero a un ritmo lento.

Una llamada a través de los altavoces interrumpió el diálogo.

— ¡Recibida señal «KAR-6», B’snik, en la posición 13-45!

— Muy bien, Anota, Lerk. Posición 13-45. Atravesaremos la atmósfera lo más rápidamente posible. Desde hace unos años, las fuerzas aéreas de bastantes países de ese planeta poseen detectores de radar, y no conviene que nos dejemos ver mucho tiempo. Debemos dar la impresión de un meteoro que cae al mar.

— ¿No será demasiado violento el choque contra las aguas?

—No. Está calculado. ¿Has situado la posición?

—Sí… 13-45.

—Bien. Vamos allá.

Para cualquier observador situado en la costa francesa, la «estrella fugaz» que apareció aquella noche en el cielo, bajando de las alturas y desapareciendo tras la línea del horizonte, sólo podía ser calificada como algo meteórico, que las capas altas de la atmósfera debieron incendiar y destruir.

Mas no fue así, La nave espacial deceleró ligeramente antes de penetrar en las aguas del Atlántico, y luego se sumergió, desapareciendo en seguida bajo las aguas.

A bordo del petrolero «Cambridge», el timonel Henry G. Stump, bizqueó al ver aquella especie de pequeña luna brillante que fue engullida por las ondas. Sin embargo, a pesar del inusitado oleaje que se formó poco después, no estuvo seguro de haber visto bien o sufrido una alucinación, producida por el sueño y los sentidos.

Por esta causa, el timonel no habló con nadie de lo que había visto durante su turno de guardia. Hablar con sus compañeros de dotación de «ovnis» era exponerse a ser objeto de burlas.

Sin embargo, Henry G. Stump no había bebido, ni sufrido ningún engaño de los sentidos. Era uno de tantos hombres que vieron «platillos volantes».

Bajo las aguas, en la oscuridad, la nave tripulada por el «S'get» B'snik, se orientaba ahora por una invisible línea radial, dirigida hacia ellos por seres inteligentes que vivían en los abismos submarinos, a más de quinientos metros de profundidad. La «radio-baliza» llevó a la astronave junto a una cordillera submarina, de relativa altura, cerca de la que había un plano arenoso.

Allí se posó, exactamente sobre una plataforma oculta por la arena, cuyo diámetro era mucho más grande que la nave. A los pocos segundos, el lecho marino empezó a hundirse lentamente, sin burbujas, apareciendo una lisa cavidad, de más de ciento cincuenta metros de anchura, que descendió a una profundidad de veinticinco metros.

Los peces hacía tiempo que rehuían aquellas aguas extrañas. Si alguien hubiera podido ver la «fosa» en donde quedó sumergida la nave espacial y si este alguien hubiera sido un habitante de la Tierra, su asombro no habría tenido límites. Pero nadie podía presenciar la maniobra bajo las aguas del Atlántico, excepto los técnicos extraterrestres que manejaban los controles de la «esclusa» submarina.

En el fondo de la fosa, la nave se movió sobre unos carriles de acero. Se descorrió una compuerta, intensamente iluminada por focos de algo parecido a la luz de cuarzo, y se vio una galería de paredes metálicas, totalmente invadida por las aguas. Sin embargo, cuando la nave espacial quedó inmóvil y la compuerta se hubo cerrado, en una maniobra dirigida a distancia, las aguas empezaron a ser expulsadas por las toberas enrejadas que había en el suelo.

En diez minutos, el «hangar quedó seco. Entonces se descorrió una escotilla en la nave, a la vez que parte del muro de la galería se alzaba, surgiendo tres escaleras metálicas, por las que descendieron media docena de hombres que vestían descuidadamente, prendas de ropa fabricadas en distintos lugares de la Tierra.

B'snik, seguido de sus cuatro oficiales, Lerk, Eunik, Brax y Etlid descendieron también, yendo al encuentro de los otros. Se saludaron el pie de las escaleras. Los recién llegados alzaron las manos, con las palmas hacia delante.

— Os conviene acostumbrarse al apretón de manos que es costumbre de este mundo — dijo el jefe del grupo de recepción—. Aquí todos se saludan así... Mi nombre es Farter. Estos son los «S'get», Parr, S'kin y Groxlan... Harold Green es un colaborador indígena.

El norteamericano de tez blanca y cuerpo estirado, que sonreía mostrando dos dientes de oro y estrechó la mano con calor a los recién llegados, llamó la atención de éstos.

— ¿Cómo está usted? —preguntó B'snik.

— Muy bien — respondió Harold Green, en lengua «zemu» —. Encantado de conocerle. ¿Han destruido muchos «d'diomos»?

— No, ninguno. Es sorprendente hallarle a usted aquí.

— Harold no es el único nativo que colabora con nosotros. Está con nosotros desde que era niño. Se escapó de un orfanato. Nadie le echó de menos. Ha sido educado en la Situación Tierra-51, y es un excelente ingeniero de comunicaciones. Es el hombre que enviamos con más confianza al exterior.

—Habremos de aprender muchas cosas aquí — dijo B’snik, sonriendo —. Sólo nos han facilitado unos miles de metros de cinta magnética con explicaciones confusas.

—Tendréis tiempo de aprenderlo todo. Ahora, la tripulación puede salir de la nave y ocupar los alojamientos. Mientras se instalan los dispositivos adicionales de combate, os explicaremos cuál es la situación exacta. Incluso hay programadas excursiones al exterior. Creo que os gustará este planeta y sus gentes. Hay ciudades peligrosas, pero también existen verdaderos paraísos de paz.

«De todas formas, sed bienvenidos a la Tierra. Los «d’diomos» no deben estar muy tranquilos, si, como suponemos, han detectado vuestra llegada. El nombre del «S’get» B’snik se ha echo famoso hasta aquí, gracias a la captura del jefe Vaak-Diomo.

—¡Vaya! —exclamó B’snik—. ¿Tengo que repetir una vez más que no le capturé yo, sino Eunik?

Capítulo V

— Un huésped del hotel se enamoró de mí — dijo Eunik a su esposo, mientras se acurrucaba en sus brazos.

— ¡Oh, eso es malo, Eunik! — amonestó B’snik, sonriendo.

— No pude evitarlo. Lo siento. No hacía más que seguirme por todas partes. Harold Green tuvo que ponerse serio, y entonces el hombre me dejó en paz. Le dijimos que era una emigrante húngara... ¡Oh, B’snik, nos costará mucho trabajo aprender las costumbres de estos pueblos! Ni en Nueva York hablan, visten y se comportan como en Roma; ni los rusos son parecidos en nada a los negros. Existe una increíble mescolanza de razas que me desorienta. Por ejemplo, los negros de América no son igual que los negros de África.

— Por supuesto que no, esposa mía. Cada país tiene sus costumbres y lenguas. Tendrán que pasar muchos años para que en este planeta exista una ley para todos, un solo gobierno y un mismo lenguaje.

— Han tratado de imponer una lengua que se llama «esperanto»

— dijo Eunik —, pero no ha progresado mucho. Y eso sería la gran solución para ellos.

— El «T'get» Farter lleva mucho tiempo aquí y está seguro de que se trabaja para mantener desunidos a los pueblos, en vez de buscar la unión. Hay mucha gente que teme perder sus privilegios. El único modo de modificar esas estructuras sociales es por la fuerza. Y eso es lo que pretenden los idealistas, pero sin éxito. Cada día existen más pactos y uniones entre países. Si nosotros ayudásemos a algún grupo, inclinaríamos la balanza a su favor y se produciría la revolución mundial. Pero no habríamos conseguido mucho. Tal vez nada. Las conciencias no están preparadas. Aquí tiene tanta importancia el pasado como el futuro. Lo que no parece preocupar a nadie es el presente. Se cometen las mayores atrocidades por conseguir dinero , cuyo poder es extraordinario. En realidad, el dinero parece ser lo más importante. Hay quien arriesga su vida por un puñado de esos billetes de papel.

— Sí. Harold me dijo que una persona vale más que otra, si tiene más dinero — asintió Eunik.

— Efectivamente. Y lo sorprendente es que existen seres incapaces de gastar todo el dinero que ganan, mientras que la mayoría no tienen el dinero necesario para cubrir sus necesidades.

— ¡Eso es cruel! —exclamó Eunik.

—Es una elemental forma de progreso. Esta civilización progresa gracias al estímulo económico. Si la gente tuviera cubiertas sus necesidades, sin trabajar, la historia sería muy distinta. Y no es eso lo más sorprendente, ni el que unos ganen más dinero que otros, porque saben más o han dedicado más esfuerzo al estudio y a la superación, sino que hay individuos, totalmente ineptos estúpidos e inútiles, que gozan de grandes privilegios por el simple hecho de haber nacido en una familia acomodada.

«Hay desigualdad hasta en el nacer.

—¿No nacen todos igual?

—Sí, físicamente. Pero hubo quien nació en un pesebre, entre la paja, en una noche fría, y quien nació en lujosos palacios. Los niños son, poco más o menos, iguales. Pero en ZEMU, nuestro Zeik recibe el mismo trato que el hijo del «N'ivo» Falke. Aquí no ocurre así. Hay castas y privilegios que se intenta desterrar desde hace siglos sin éxito. Y me consta que ha habido grandes convulsiones revolucionarias por esas cosas, pero, con el tiempo, la furia se calma y cada uno vuelve por sus fueros, apoderándose unos de esto y los otros de aquello, por ley de conquista.

«Vivir en este planeta es una lucha continua. Pero lo más extraño es el poco aprecio que dan estos seres a sus vidas, que ponen en peligro continuamente por puerilidades. Roban, matan, engañan, amenazan y maltratan sin un móvil justificado.

— Deben estar locos... como los «trenxtlos» — expuso Eunik.

— No. Éstos son como el alba; aquéllos son el ocaso. Cada día que paso aquí y aprendo cosas nuevas, más me convenzo de que a este planeta llegaron otros seres antes que nosotros, procedentes de mundos distintos, y se mezclaron indebidamente.

— ¿Los antiguos dioses alados? — preguntó Eunik.

— Sí, así les llamaban. Los eruditos los consideraban fruto de la imaginación y la superstición de los pueblos antiguos. Pero yo no lo creo. Aquí hubo seres supercivilizados, cuyos conocimientos se perdieron o se olvidaron, y entablaron luchas aéreas. No es posible que tantas leyendas hayan podido conservarse de regiones muy distintas y sin contacto entre sí, sin que procedan de un origen común. Y nosotros sabemos muy bien que antes de que este planeta se formara, ya existían seres que viajaban por el cosmos con naves ultra-lumínicas.

— Lo más raro de todo esto es la fe que esta gente tiene en sus sabios. Aquí se cree, y hasta parecen haberlo demostrado matemáticamente, que la luz se mueve a la absurda y relativa velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo. ¿Cómo han podido caer en semejante error?

B’snik sonrió.

— Cierto. Nosotros sabemos que no

existe límite a la velocidad de la luz. Pero, respóndeme, Eunik, ¿estás segura de ello?

Eunik alzó la cabeza y miró sorprendida a su esposo..

—¿Qué quieres decir, B’snik? ¿Es que estás de acuerdo con ese hombre llamado Einstein?

—No, por supuesto. Lo que ocurre es que no saben más , ni han experimentado más allá de este pequeño mundo. Todo lo demás son teorías. Y para refutar a un ser considerado por todos como genio hay que saber más que él, cosa que no es posible. Pero piensa que esta humanidad se renueva continuamente. Y los mitos y las leyendas van desapareciendo. Lo falso se rechaza y lo verdadero prevalece. Ésa fue la historia de nuestro primer Ciclo. Aquí, y en todas partes, es igual.

«La luz, por supuesto, viaja mucho más aprisa de lo que aquí suponen. Nosotros lo sabemos, pero ellos ni siquiera pueden comprobarlo. Prefieren más creer a sus genios.

«Ésa es su filosofía y no la nuestra. Piensa que los «d’diomos», a pesar de estar sufriendo derrota tras derrota en los enfrentamientos que tienen con nuestras naves de guerra, siguen obstinándose en considerarse superiores a nosotros.

Eunik pareció despertar, de pronto, al recordar que se encontraban en la base secreta «zemu» de un mundo extraño y que su misión allí era luchar contra los invasores llegados de otra galaxia.

—¿Cuándo iremos a… la lucha, B’snik?

—¿Lucha? ¡Oh, no seas tonta, Eunik! Esto no es una lucha. Es una limpieza, sin apenas riesgo. De los nuestros sólo mueren los que se descuidan o cometen errores.

— ¿Y si nosotros hacemos lo mismo? ¿Y si cometemos un fallo?

— ¿No confías en mí?

— Sí, amor mío — dijo Eunik, echando los brazos al cuello de su esposo —. Pero quisiera volver algún día a ZEMU y poder abrazar a Zeik.

— Volveremos... Cuando termine esta guerra.

* * *

Sí, había guerra. Se luchaba en el espacio, entre las órbitas de Marte y la Tierra. Ígneas naves interplanetarias se deslizaban centelleantes en el enrarecido vacío sideral, acechando siempre con potentes dispositivos electrónicos, hasta descubrir el trazo o estela dejado en las pantallas espectroscópicas por la nave enemiga. Instantáneamente máquinas complicadísimas se ponían automática mente en funcionamiento para establecer el rumbo y la posición del adversario. Se iniciaba una persecución de «cálculo» y se dirigía un desintegrante rayo ultralumínico hacia el lugar donde se hallaría la víctima unos minutos después.

Si los pronósticos electrónicos no fallaban la nave «d'dioma», «provna», «grisda» o «alkea», era alcanzada por el rayo en el instante preciso y desintegrada en una fracción de segundo.

Aquél era un aspecto de la lucha intergaláctica que B’snik conocía muy bien, por haberla esta do realizando algún tiempo en el sistema Tlaca antes de ser enviado a La Tierra.

Ahora, como se había denunciado una importante concentración de naves enemigas en el Sistema Solar, B’snik y su tripulación había llegado a su nuevo destino para prestar su colaboración y su experiencia, demostrada antes y después de la captura de la astronave de Vaak-Diom, de quien aprendieron los «zemus» el modo de vencer a sus adversarios.

B’snik había trabajado bien. Su recompensa era la de servir de asesor militar a un observador interplanetario de mayor graduación. Y por ello fue enviado a la base terrestre, a las órdenes del «T’get» Farter, a quien se rumoreaba que iba sustituir pronto, porque el «N’ivo» Krevo, con el que sirvió B’snik siendo «aspirante» y «N’get» B’snik.

Mientras todo esto se producía, B’snik y su tripulación visitaban

los distintos países de aquel nuevo y sorprendente mundo.

«Mr. Marcel Molay» nació, pues, en el gabinete de documentación que los «zemus» y sus colaboradores terrestres poseían en la Base Submarina «KAR-6». De allí partían con frecuencia, con diferentes rumbos, las naves auxiliares de guerra y transporte, muchas de las cuales, a pesar de las precauciones tomadas por los pilotos, eran avistadas por testigos terrestres, con lo que aumentaba el misterio en torno a los «platillos volantes».

B'snik había salido de su refugio en muchas ocasiones, por cortos períodos de tiempo. Una nave auxiliar le llevaba a un lugar determinado. La misma nave, u otra de similares características, acudía a recogerle una vez concluida su visita de «inspección ocular o de reconocimiento».

La vertiginosidad de estas naves, su facilidad para quedar inmóviles en el aire, por medio de la suspensión magnética antigravitacional, había hecho que se extendiera la «fábula» de los «platillos volantes». Incluso en un café de París, B'snik sonrió para sus adentros al oír el comentario de unos estudiantes acerca de los platillos misteriosos.

«—No os compliquéis la vida, «cepains» — decía un melenudo delgado y con aire de sabiduría —. Los «ovnis» proceden de instalaciones secretas militares de los Estados Unidos o la Unión Soviética. Si vuelan los aviones, ¿por qué no han de volar esos «aparatos-ala» circulares? Tomad un plato de hojalata y tirarlo al aire, dando vueltas. Eso es un «platillo volante». Hoy día es difícil construir un trasto de esos. Lo malo es manejarlo.

Los pilotos no están habituados a las altas velocidades que desarrollan y son de difícil maniobrabilidad.

«— ¡Bah! No sabes lo que dices, Gastón.

«—¿Y tú sí?

B'snik habría podido intervenir en la conversación y explicar cómo se sustentaba un «platillo» lo que hubiera dejado aturdidos y confusos a los estudiantes. Pero no lo hizo. Estaba allí para aprender, oír, ver y callar, o hablar lo menos posible, gracias a un «transistor», una cámara fotográfica colgada al cuello, como un turista, y una memoria que para sí hubieran querido los estudiantes de la Sorbona.

«La suspensión es antigravitacional por medio de la anulación magnética de la atracción terrestre. O, dicho de otro ánodo, es una «caída» hacia arriba, proporcionalmente acelerada, por medio de la inversión de la fuerza magnética», habría podido decir B'snik, aunque estaba seguro que nadie iba a entenderle.

— ¿Y los «d’diomos»? ¿Dónde estaban aquellos invasores secretos llegados de otra Galaxia?

B’snik sabía que muchos de ellos se habían confundido ya con los moradores naturales de la Tierra, estaban estrechamente en contacto unos con otros y poseían instalaciones y bases secretas en los bosques, los desiertos y las montañas más inaccesibles. Como él, se hacían pasar por terrícolas y se preparaban para la paulatina arribada de sus congéneres, ampliando sus bases e instalaciones. Habían construido clínicas particulares y se sometían a tratamiento quirúrgico, del que salían convertidos en «ingleses», «italianos», «búlgaros», «chinos», etc.

Sin embargo, gracias a la intensa labor realizada por los «observadores» de ZEMU, la llegada de nuevas expediciones estaba siendo mermada.

Las naves de vigilancia «zemu» atacaban a los intrusos «d’diomos» tanto en el hiperespacio como en el interior de la atmósfera terrestre o sobre el suelo. Y tampoco pudo evitarse que bastantes terrícolas fueran testigos de frecuentes «desintegraciones» de naves invasoras.

En estos casos, el «N'ivi» Krevo había ordenado el envío inmediato de agentes exteriores para hacer desaparecer todo vestigio o huella que delatase la presencia de inteligencias superiores. Sin embargo no se pudo evitar que hablasen los periódicos y que algunos testigos afirmasen haber visto cosas fantásticas.

La realidad era que los combatientes de «zemu» jamás dejaban rastros sobre el suelo, cosa que no hacían los «d’diomos», a los que parecía tenerles sin cuidado que les descubrieran los aborígenes del planeta que se proponían ocupar.

Otra gran victoria de las fuerzas de «ZEMU» tuvo lugar en las heladas zonas del Antártico, donde los «d'diomos» y sus aliados, los «grisdos», habían instalado una gran base militar, aprovechando el invierno polar y la oscuridad continua.

Una nave de ZEMU, siguiendo a otra «grisda», descubrió aquella base secreta, contra la que se organizó un ataque masivo y fulminante que de haber sido visto por los científicos americanos y rusos de la Operación Antártida, habría puesto al mundo sobre aviso. No fue así. No hubo más testigos que las focas y los pingüinos, muchos de los cuales murieron. Pero, después de la contienda .provistos de equipos antiradiactivos, los «zemus» hicieron desaparecer todo vestigio de la lucha.

En la Antártida perecieron más de cinco mil «d’diomos» y

«grisdos» con un potencial técnico y científico considerable. Y quizá, debido a tal descalabro, se incrementó considerablemente la lucha. De algún modo, los «d'diomos» avisaron a su lejana federación y una gran flota guerra saltó el vacío intergaláctico.

Las consecuencias fueron fatales, especialmente para el mundo gigante de TRENXTL, que fue tomado por los «d'diomos» como foco de represalias. Esto y los esporádicos ataques que habían sufrido los gigantes de OZCAR, el planeta de las poblaciones submarinas, y cuyas relaciones con ZEMU eran buenas, hizo que el enfrentamiento se hiciera más sanguinario y cruel.

Además, por aquel tiempo, los «d'diomos» y sus aliados pusieron en funcionamiento un tipo de naves fusiformes, de enorme tamaño e impulsadas por transmisores de antimateria, que eran auténticos cosmódromos espaciales, de las que partían naves auxiliares de guerra de propulsión fotónica.

Y de este modo, los «zemus» y sus aliados los «ozcaros» empezaron a sufrir también las consecuencias de la lucha. Hasta entonces, la parte victoriosa, salvo raras excepciones, la habían llevado los «zemus». Ahora, se nivelaron las fuerzas.

Hubo cambios en la estrategia galáctica ZEMU tuvieron lugar relevos importantes y se reunió el Consejo Cívico para movilizar más hombres y mujeres, en un desesperado intento de aniquilar a los peligrosos invasores.

La guerra se acentuó, haciéndose mucho más dramática. Y hasta se pensó y se propuso, por mediación del Centro General de Observación Interestelar, informar a los principales gobiernos de la Tierra de la situación, a fin de obtener ayuda, dado que era por este planeta por el que se combatía.

Estudiaron lo idea, pero fue rechazada. Se dijo que la Tierra no aportaría nada concreto a la lucha, y revelar a los altos mandos militares la existencia de otras razas, precisamente en pugna, no sería más que un embrollo de resultado imprevisible.

En el reajuste de las fuerzas de ZEMU, B'snik fue ascendido a T'get con mando sobre ciento veinte hombres, lo que le convertía casi en un pequeño general, con flota y base propia. Relevó al «T'get» Farter, en la base submarina «KAR-6». También sus ayudantes, Lerk, Brax, Eunik y Etlid ascendieron a «S'get», distinguiéndose pronto, al frente de sus naves medias, en la cruenta y desesperada lucha que se desarrollaba por la expulsión de los «d'diomos».

El nuevo «S'get» Lerk, desobedeciendo órdenes de B'snik, se metió en una trampa que le tendieron los «alkeosft», en la superficie

de la Luna. Allí murió, con su nave y sus cuarenta tripulantes.

Eunik, por el contrario, realizó una proeza mayúscula, no destruyendo una incipiente base «d'dioma» en Marte, sino paralizando a cuatro naves de guerra y logrando capturar a más de cien «pigmeos», entre los que habían numerosos técnicos y científicos.

Gracias a tan importante captura, el Centro General de de Observaciones pudo realizar el PROYECTO QUASAR, que, algún tiempo después, habría de llevar a la paz intergaláctica, después de haber sido destruido todo un sistema solar binario, con doce planetas, y dejado a los «d'diomos» sin sus más importantes bases industriales.

Eunik fue ascendida al mismo rango que su esposo y condecorada por el «Más anciano» de la Asamblea del Consejo Cívico. Luego le asignaron un puesto principal en el Centro General de Observación, con destino en ZEMU, con lo que tuvo que separarse de su marido.

B'snik se alegró de ello, aunque amaba profundamente a su esposa y no quería separarse de ella. Pero desde tiempo atrás había presentido que el momento de la separación era inevitable. Ella era un oficial inteligente y se requerían sus servicios en otro lugar.

La despedida fue emocionante y prolongada.

— ¡Y besa a Zeik como hacen aquí, Eunik! — añadió B'snik.

— Pronto nos reuniremos de nuevo en casa, querido. La guerra no puede durar. Apenas si quedan «d'diomos».

Era a mediados de febrero de 1955. La guerra galáctica, incógnita y secreta para los habitantes de la Tierra, se desarrollaba en torno a ellos con una ferocidad que convertía en pura riña a la Guerra Mundial.

Pero los gobiernos de la Tierra, ni se enteraron.

Capítulo VI

Fue idea del «T'get» B'snik hacer pintar las naves de su base submarina con siglas convencionales terrestres. Cada «S'get» eligió un número de clasificación, como el «U.N.643», de Brax, o el «USAF-F-14» que pintó Etlid.

Ocurría que, con frecuencia, debido a lo encarnizado de la lucha, las naves de ZEMU resultaban averiadas y se veían obligadas a tomar tierra en lugares despoblados, para tratar de hacer reparaciones o bien aguardaban la ayuda pedida por microonda.

En estos casos, era frecuente que fueran descubiertos por campesinos terrícolas, con los que mantenían una respetuosa hostilidad. Fue preciso amenazar a muchos testigos para que no revelasen lo que habían visto. Casi siempre, la gente se asustaba al ver las naves y salían huyendo. Pero en otros casos, la curiosidad podía más que el temor y tuvieron que recurrir a la paralización de terrestre y a la poshipnosis.

Sin embargo, no siempre era posible, dadas las circunstancias, recurrir a estos procedimientos. Los testigos huían antes de poder ser «influidos», y la prensa local o la policía intervenía en el caso. Naturalmente, cuando era descubierta una nave, se apresuraban a marcharse a otro lugar. Incluso, en un caso de imposible huida, debido a que la nave sufrió un grave percance, los «zemus» destruyeron el aparato, desintegrándolo, y huyeron a campo través, hasta ser recogidos por otra nave.

El Centro General de Observación había dado órdenes terminantes de no revelar a los pobladores de la Tierra la presencia de las naves interplanetarias Y se procuraba cumplirlo estrictamente, de la mejor manera posible. Ello no fue óbice, sin embargo, para que los observadores terrestres se dieran cuenta de que «algo» estaba ocurriendo. A pesar de las precauciones, los «ovnis» eran vistos con excesiva frecuencia en distintas partes del mundo.

Y, por parte de los «d'diomos», mucho más indisciplinados que

los «zemus«, se cometieron muchísimos incumplimientos del deber, llegándose a extremos sorprendentes de «venganzas» contra terrícolas, por no haber silenciado determinados informes, secuestros y «disociaciones psíquicas» que llevaron a muchas personas inocentes al manicomio.

El caso más sorprendente que le ocurrió al «T'get» B'snik, fue cuando la nave media al mando del «S'get» Brax regresó a la base, después de una avería que le obligó a aterrizar cerca de una solitaria autopista, en Nuevo Méjico, ¡llevando a un polizón terrícola a bordo!

El individuo fue descubierto en pleno vuelo, cuando regresaban a la base. Se hallaba oculto en una caja de material fotográfico, y según dijo, se había introducido secretamente a bordo, mientras estuvieron realizando la reparación.

La primera idea de Brax fue agarrar al periodista, pues tal era su profesión, por el fondo de los pantalones y arrojarlo al vació. La idea no pasó de ahí. Brax había aprendido algo de inglés y decidió interrogar al intruso. Luego, se lo llevó, dormido hipnóticamente, al «T'get» B'snik, quien montó en cólera al enterarse.

— ¿Y la vigilancia, Brax? ¿Cómo le dejasteis acercarse a la nave? ¿Y si hubiera sido un «d'diomo»?

— Lo siento, B'snik. No tengo disculpa. Pusieron vigilancia, por supuesto, pero ese Leo Ramsey está chiflado y, arrastrándose por el suelo como una serpiente, llegó hasta la nave y se introdujo en la caja donde habíamos llevado todo el material fotográfico.

B'snik, después de pasear arriba y abajo por el aposento que le servía de despacho, se sentó suspiró y decidió:

— Está bien, Brax. Tráemelo. Hablaré con él y decidiré.

Leo Ramsey era redactor del «Echo de Tucson», tenía veintisiete años, la cabellera larga y rubia y muchos pájaros en su calenturienta cabeza. En aquella insólita aventura que el destino le había deparado, cuando viajaba en su «Chevrolet» hacía Tucson y vio caer el «ovni» esperaba hacerse famoso y salir del anonimato y la mediocridad.

Sin embargo, su mente empezaba a ser un caos de turbias ideas y el deseo de desandar el camino y poder regresar a su casa,

olvidándose de cuanto había visto y oído, empezaba a ser una imperiosa necesidad.

El interrogatorio del «S'get» Brax llego a parecerle un «tercer grado». Pero el lugar en que se encontraba, algo jamás visto, ni en las mejores películas de anticipación, le sobrecogía, estrujándole despiadadamente el corazón. Su valor se había esfumado del todo ya, y no porque los seres que le rodeaban fueran horribles y monstruosos, sino porque Leo Ramsey estaba persuadido de que procedían de otro mundo.

Ignoraba cómo había dormido después, pero sí supo que le obligaron a despertar y le llevaron, con una capucha negra en la cabeza, hasta el despacho donde estaba el jefe de aquella base secreta.

B'snik le miró atentamente. Luego le dijo:

— Siéntese, señor Ramsey; tenga usted la bondad.

B'snik se expresaba en inglés casi correcto, pero con acento extranjero. Leo Ramsey se sintió más cohibido que ante Brax.

— ¿Dónde estoy? —se atrevió a preguntar, mirando en torno suyo y comprendiendo que aquella arquitectura metálica no correspondía a nada visto anteriormente por él.

— En un lugar seguro. Tranquilícese. Me han dicho que vio usted la nave mientras iba en su automóvil que se acercó arrastrándose, y la curiosidad de indujo a meterse en el interior, procurando no ser visto, y esconderse.

— Sí, así es… ¿Quiénes son ustedes?

— ¿Quiere usted vivir, olvidándose de todo lo que ha visto, o morir? Si me responde a esta pregunta, yo contestaré a las suyas, señor Ramsey —dijo B'snik, seriamente.

— ¿Van a matarme? —preguntó Leo Ramsey, alarmado.

— Es lo que debería hacer. Su vida no significa nada para nosotros. En cambio, mantener nuestro

secreto vale mucho más que la escasa importancia de su vida.

—¡Yo no quiero morir! —exclamó Ramsey, con el pánico reflejado en el rostro.

—Serénese, por favor. El miedo distorsiona los sentidos. Si se deja usted impresionar por el miedo a la muerte, no será capaz de razonar como es debido. Y estos momentos, en que entre ambos decidimos su suerte, debe estar sereno. Eso es lo que yo haría.

—Sí... sí... pero...

—Ha dicho que no quiere morir. Y lo admito, aunque ni siquiera sabe lo que es la muerte, ni lo que hay más allá. Quiere vivir porque le aterra lo que ha visto de la muerte, la inmovilidad, el silencio, la descomposición de la materia, y teme que ahí termine todo. ¿Se olvida usted de su espíritu? (

Leo Ramsey, un materialista completo, estuvo a punto de echarse a reír, a pesar de su miedo.

—¿A usted no le importa morir?

—No.

—¿Es de este mundo?

—No. Y déjeme hacer las preguntas a mí. Soy el jefe de esta base. De aquí no sale nadie sin mi autorización.

—¿Por qué no hacemos un trato? Me deja usted volver a Tucson y le prometo no decir nada de lo que he visto.

B'snik sonrió.

—Ni siquiera bajo influencia poshipnótica me atrevería a dejarle marchar en esas condiciones, señor Ramsey, puede

«remover» su cerebro hasta «sacar todo lo que usted ha visto».

Algo en la serena actitud del «T'get» B'snik empezó a devolver la confianza que Leo Ramsey tenía en sí mismo, haciéndole pensar que su interlocutor era un sujeto razonable y que poseía aspecto de proceder de otro mundo.

—Escuche, señor. Cuando vi el «ovni», lo primero que pensé fue en un reportaje sensacional. Imaginé que mi artículo sería reproducido íntegramente en todo los periódicos de la nación. Uno es periodista y busca el modo de salir del anonimato. Es difícil abrirse camino en la prensa. Pues bien, la verdad es que yo no tendría inconveniente en hacer algo por ustedes, si... Bueno, no nos engañemos. Sospecho que ustedes son algo así como espías rusos metidos en este país.

—Se equivoca, Ramsey. Procedemos de un mundo distante, llamado ZEMU, y estamos aquí tratando de defenderles a ustedes, sin que nadie nos lo haya pedido, de la invasión de otros seres, cuya presencia no es grata para nosotros.

—¿Habla en serio? —preguntó Leo Ramsey.

—Sí. Y usted ha venido a complicar las cosas, metiéndose clandestinamente en una nave. ¿Dónde dejó el coche en el que viajaba?

—junto a la autopista. Ya habrán descubierto mi desaparición. La policía supondrá que he sido secuestrado y buscará mi rastro por las inmediaciones. No sería extraño que encontrasen las huellas de la nave.

—Lo dudo —repuso B’snik—. Mis hombres no suelen dejar huellas.

Escuche, Ramsey, ¿le gustaría hacer un largo viaje?

— Preferiría más volver a Tucson.

— Olvide eso de momento. Le puedo enviar a ZEMU en la primera expedición. Allí, puede usted enseñar inglés a las promociones de «aspirantes»...

— ¿Y no volvería jamás a Tucson?

— Tal vez, aunque no puedo garantizárselo. Aquí, desde luego, no me interesa tenerle. Sepa que estamos en guerra y esta base puede ser descubierta y destruida. Lo que nos ocurra a nosotros no importa. Pero usted puede realizar allí una buena labor. Le advierto que si logra volver alguna vez a este planeta, su situación será muy distinta. Se la habrán acabado los agobios y las ansias de renombre. ¿Tiene familia?

— Sí, padre, madre y una hermana, Deben estar muy apenados por mí.

— Lo siento. Aún hay otro modo de solucionar su caso.

— ¿Cuál? —preguntó Ramsey, esperanzado.

— ¿Qué le parecería trabajar para nosotros?

— ¿Trabajar en qué?

— En una especie de agente de información secreto. No actuara solo, por supuesto. Le acompañará siempre uno de los nuestros, con el que actuará como pareja.

— ¡Eso puede ser interesante! —exclamó Ramsey — Y podría volver a Tucson?

—No precisamente allí. Primero retocaríamos su rostro. Puesto que ha desaparecido, no nos conviene que nadie le identifique por casualidad. Le enviaríamos a Gran Bretaña u otro país de lengua inglesa. No le faltarían medios económicos y puede elegir la personalidad que quiera.

—¡Acepto! —exclamó Leo Ramsey, sin vacilar.

—Le advierto que jamás podrá traicionarnos. No tendrá esa oportunidad. Se le adiestrará previamente y se le someterá a prueba, tanto aquí como en el exterior. Si pretende denunciarnos, aparte de hacer un mal negocio, puede morir desintegrado.

:— De todas las proposiciones que me ha hecho, ésta es la más tentadora. ¿Puede decirme qué sucede?

B'snik sonrió, arrellanándose en su asiento.

—Ustedes, los terrestres, no son los únicos habitantes del universo. Existen muchos mundos habitados. Unos los pueblan seres que no han salido de la Edad de Piedra, de una cultura y civilización casi nula, y otros están por razas superiores, de técnica adelantada y proceso social notable. Ustedes se encuentran en un punto intermedio, algo adelantados, como lo demuestra su incipiente experiencia astronáutica y los conocimientos sobre la energía atómica.

«Nosotros ya hemos superado esas épocas. Y otros, de distantes galaxias, también conocen los medios para viajar por el espacio y conquistar mundos. Precisamente, los «d'diomos» pequeños seres de

remotos mundos, pretenden instalarse paulatinamente en esta galaxia, y no nos conviene que eso ocurra, porque, en pocos siglos, se habrían multiplicado lo suficiente como para echarnos a nosotros de aquí, les habrían sometido a ustedes, conservándoles como esclavos, o algo por el estilo, y serían los dueños de la Vía Láctea.

»Esta es la razón por la cual estamos en guerra y tratamos de impedirles que se instalen aquí. La Tierra no es nuestra, ni pretendemos apoderarnos de ella. Si hemos instalado bases de observación y aprovisionamiento, es para movernos con más facilidad. Cuando termine la lucha, dejaremos un reducido grupo de observadores y los demás regresaremos a ZEMU.

Leo Ramsey empezaba a sentirse entusiasmado.

— Si lo que dice usted es cierto, será un placer colaborar con ustedes, dentro de mis pobres fuerzas, para aplastar al enemigo. ¿Voy a formar parte del servicio secreto?

— Primero la presentaré a Harold Green, un compatriota suyo que lleva muchos años con nosotros y en quien confiamos plenamente. Él le informará más ampliamente de todo. Pero recuerde, Ramsey, su sentencia de muerte está en suspenso. Si nos traiciona o trata de hacerlo, le eliminaremos sin previo aviso.

* * *

Me dijo «Mr. Marcel Molay» que el nombre del periodista era falso, como también la ciudad donde había vivido y el periódico para el que había trabajado. Yo comprendí que no quería dar la verdadera identidad de aquel hombre. Continuaba como en tiempos de la guerra, no dejando huellas visibles.

A este respecto, me informó que llegaron a tener varios miles de individuos, nacidos en el planeta Tierra, actuando para ellos en diversas partes del mundo. Y, en ocasiones, hicieron desaparecer pruebas palpables y fehacientes que demostraban la presencia de «ovnis» en diversos lugares del mundo.

Un recalcitrante testigo de Medina, Ohio, EE.UU, hubo de ser coaccionado y amenazado, para que rectificase su declaración,

alegando que sólo lo había hecho para obtener publicidad. Se trataba de una nave que aterrizó entre unos árboles, y de la que salió un hombre de mediana estatura, con ropas corrientes y un maletín en la mano que fue recogido por un «Cadillac» descapotable, ocupado por una mujer, que partió hacia Ashland». La nave —cuya descripción daba el testigo con todo detalle y que coincidía con otras observadas de las mismas características por otros individuos — se remontó al cielo, al poco de desaparecer el hombre del maletín, y pareció esfumarse en contados segundos.

— «Tuvimos muchas dificultades en aquellos agitados días. Los «d'diomos» se habían vuelto sagaces y nos estaban causando muchas bajas — me explicó B'snik «telementalmente» —. Pero los «grisdos» y «alkeos», sus aliados, no lo eran menos. Descubrieron dos de nuestras bases secretas, una situada en los Andes y otra en el corazón de la selva africana, y las destruyeron sin previo aviso.

»La contienda empezaba a tomar cariz desagradable. Y de no haber sido por la captura que realizó Eunik en Marte, y de la que salió la solución, posiblemente habríamos tenido que abandonar nuestras posiciones exteriores y regresar a ZEMU, a proteger nuestro mundo, ya sumamente fortificado y sobre el que orbitaban fortalezas siderales defensivas.

»Ya le dije que la captura llevada a cabo por mi esposa nos sirvió para conocer datos muy significativos e importantes acerca del lugar de origen de los «d'diomos». Gracias a ellos pudimos enviarles potentes proyectiles desintegrantes que les hicieron daño.

»Después, optaron por la negociación y la retirada casi total, aunque, según se nos dijo, habían miles de «d'diomos», ya «aclimatados» a la existencia en la Tierra, o sea que sus cirujanos habían operado, dándoles el mismo aspecto físico que a un terrícola. Estos individuos no podían regresar a su mundo, quedaron desconectados, y debían asumir su propio destino.

«¿Comprende lo difícil que es localizar unos miles de individuos que se comportan, hablan y actúan como terrícolas?

»Para esos individuos, la guerra continúa. Sabemos que están agrupados por instinto de conservación y que, pese a todo, se proponen perpetuar su especie «humana», creciendo y multiplicándose como los oriundos de este planeta.

— ¿Y no hay modo alguno de identificarlos? — quise saber.

— Lo hay, aunque el procedimiento es muy sutil. Los rayos «X» nos revelan las cicatrices óseas de sus esqueletos. Para adquirir el

aspecto de auténticos terrestres, se han sometido a complicadas operaciones cutáneas y óseas.

»La raza «d'dioma» es muy potente. De la unión entre uno de esos «pigmeos» falsificados y una mujer nativa, saldrá o bien un terrícola, por prepotencia de la madre, pero de mentalidad «d'dioma», o bien un autentico «pigmeo» al que su padre tratará de ocultar o destruir, para no delatarse.

»Sé que se han verificado esos coitos y algunos bebés «d'diomos» viven en la Tierra Sus padres están desconectados de su mundo. Aspiran a perpetuarse aquí, como una raza más, y cuentan con medios económicos importantes para llegar a imponerse en alguna región, crear una nación independiente y, con el transcurso de los años, inquietar a los naturales habitantes de este planeta.

— Parece ser — observé, pensativo — que no sería la única invasión que hemos sufrido procedente del espacio exterior.

— No. En efecto —me dijo B'snik—. Ni será la última. Nosotros también somos una especie de invasión. Pero mientras nuestros principios son de protección y no interferencia en vuestra natural evolución, la invasión de los «d'diomos» podría acarrear para todos imprevisibles consecuencias.

«Nuestro deber, por tanto, es seguir buscando y localizar a todos los «d'diomos» que existen. Para ello hemos montado servicios de vigilancia en hospitales, puestos de policía, fronteras y hasta en grandes instalaciones industriales, y raro es el día que no atrapamos alguno.

— ¿Qué hacen con los «d'diomos» cuando los descubren?

— Son enviados a uno de nuestros planetas, llamado Croem, donde se aclimatan bajo control científico. Allí crecen y se desarrollan a conveniencia de todos. Así lo estipulamos en los tratados de paz. Si no parecieran

tan poco «d'diomos» podríamos devolverlos a su mundo.

Capítulo VII

B'snik, vestido con ropas de fabricación francesa, abandonó la nave auxiliar que le había llevado a una determinada región, al sur de París. Con un gesto, se despidió del oficial piloto que salió a acompañarle. Un signo especial de los dedos, que entre los «zemus» significaba suerte, se intercambió. Luego, B'snik, llevando una cartera de mano, se adentró entre los matorrales, por un conocido sendero, hasta llegar a la carretera secundaria, donde aguardaba un automóvil con las luces apagadas.

Un hombre joven fumaba un cigarrillo, recostado en el asiento del conductor. Aquel sujeto en nada se parecía al periodista Leo Ramsey, sin embargo, salvo «lagunas» de su cerebro, era el mismo individuo que una noche se metió de polizón en una nave espacial.

Ramsey parecía estar dormido.

B'snik hubo de abrir la portezuela y sacudirle.

— ¡Vamos, Etienne; despierta!

— ¡Ah, Marcel...! No dormía... Estaba abstraído... No me dormiría con el pitillo en los labios.

B'snik rodeó el «Peugeot» y se sentó junto a Ramsey, sonriendo en la oscuridad.

— Me asombra esa facultad de abstracción tuya, Etienne. ¿Qué es lo que tratas de recordar? Mientras ponía el automóvil en marcha, Leo Ramsey dijo:

— Sé que tengo otra vida, familia, un hogar. ¿Por qué no puedo recordarlo?

— Te inyectamos un suero que te hizo olvidar todo lo que de negativo para nosotros había en

tu existencia. Puedo asegurarte, Etienne, que no eras gran cosa. En cambio, ahora, vales mucho más como hombre.

—¿Era un don nadie? —inquirió Leo Ramsey, ya conduciendo en la noche, sin fijarse en el «globo» luminoso que se remontaba sobre los árboles, a menos de ciento cincuenta metros.

—Sí, prácticamente.

—Pero… ¡Ponte en mi puesto, Marcel! —exclamó el joven—. Yo no soy como tú. Pienso, tengo conciencia, sé que estoy psíquicamente mutilado.

—¡Estás sirviendo a una buena causa, Etienne! No debes preocuparte. Te hemos cambiado hasta las huellas dactilares. Eres Etienne Vries, un importante editor francés, con dinero posición, independencia y autodeterminación. Estás realizando una buena labor en tus revistas, y te lo agradecemos. Gracias a ti, ciento treinta y nueve «d'diomos» han sido enviados a Crosm. Y traigo otro procedimiento que nos permitirá atrapar a muchos más.

—¿Cuál? —preguntó el falso Etienne Vries.

—Las claves y contraseñas que se han publicado hasta ahora dieron su fruto. Pero tus publicaciones están marcadas y se vigila a todo el personal a tus órdenes, incluyéndote a ti. Si cometéis error, puedes darte por muerto.

—Lo sé y te confieso que eso me preocupa poco. ¿Cuál es la nueva

idea?

— Con intención de protegerte, entre Harold y yo hemos pensado meterte en algún Servicio Secreto francés. Tus revistas serán ahora publicaciones corrientes, sin claves ni celadas. Pero si hurgan en tu vida privada, te encontrarán vinculado a un Servicio Oficial del gobierno, lo que infundirá pánico a los ocultos «d'diomos».

— ¿Y van a creer que lo habéis advertido a las autoridades de su presencia?

— Eso no nos preocupa. Pueden creer lo que quieran. Lo que harán será ocultarse, cuanto más profundamente mejor, y cerrar la boca, por temor a ser metidos en prisión. Si temen que las autoridades francesas intervengan en el asunto, porque las saben capaces de efectuar un reconocimiento general en todo el país, de tipo sanitario o policíaco, se abstendrán de meterse contigo.

— ¡Bah, no me dan miedo, Marcel! A veces, hasta deseo que me descubran y me liquiden.

— ¡No digas tonterías! Tú eres uno de nuestros colaboradores más valiosos.

— No lo parece.

— ¿Por qué dices eso?

— Por la escasa confianza que tenéis en mí.

— Eres obstinado, Etienne. Querrías que te dijera quién eres, de dónde has venido y lo que hacías. ¿No es así?

— ¡Estoy obsesionado, Marcel! —exclamó Ramsey—. Ni siquiera la

lengua que hablo es la mía. Pero ignoro si era inglés, turco o árabe. Para vosotros, eso carecerá de importancia. Todos sois «zemus». La familia os tiene también sin cuidado.

— Te equivocas. Me recuerdo mucho de Eunik. He tenido un hijo, al que ni siquiera conozco, y desearía verlo. Soy más humano de lo que tú crees.

— ¡Pues eso me pasa a mí!

— Ten cuidado con el volante. No quiero terminar en el hospital o en el cementerio. Además, te comprendo, Etienne. ¿Qué harías si supieras que tenías una familia?

— ¡Ya te lo he dicho, Marcel! Averiguaría cómo están, si necesitan algo. Me sobra el dinero y puedo ayudarles.

B'snik no respondió. Había vuelto la cabeza y, por la ventanilla posterior, estaba mirando los faros de un coche que se mantenía a distancia detrás de ellos. Sin saber la razón, tuvo el presentimiento de que les venían siguiendo.

— Desvíate a la derecha en el primer cruce, Etienne — dijo.

— ¿Qué sucede? ¿No vamos a París?

— Haz lo que te digo. Creo que nos vienen siguiendo.

— ¿Seguimos? ¡Eso no puede ser… Tomé las debidas precauciones.

— Con los «d'diomos», todas las precauciones son pocas. Haz lo que te digo.

— ¡Déjate de pamplinas! Quiero llegar cuanto antes a casa. Me espera un monada de chica. Lo que debes estudiar es la forma de librarme de la obsesión que me domina. No os dejaré, Marcel.

Estoy con vosotros de corazón. Seré del Servicio u organizaré un grupo oficial de represión. Incluso soy capaz de difundir el bulo de que existe en París un virus patógeno, para que la sanidad nacional se vea obligada a declarar la cuarentena a todo el país.

—Ahí está la bifurcación, Etienne. ¡Tuerce a la derecha!

Ramsey obedeció a disgusto. Pero inmediatamente, comprobaron que el coche que les venía siguiendo no les perdía de vista, acercándose aún más a ellos.

Inmediatamente, B'snik abrió su cartera de mano y extrajo de ella lo que, a simple vista, padecía una grabadora de fabricación japonesa, y que llevaba, incluso, una conocida marca comercial. Sus dedos conectaron el aparato con premura. Luego, habló rápidamente, en lengua «zemu»:

—Brekko, un coche nos viene siguiendo. Estamos, aproximadamente, en el kilómetro treinta de la carretera de Etampes, Acude inmediatamente y efectúa unas pasadas sobre ese coche. Rétenlo desde el aire y nosotros intervendremos.

Otra voz le respondió, en «zemu». Luego, B'snik cerró su radio y la guardó en la cartera.

—No corras, Etienne — dijo, el «T'get» en francés—. Sospecho que vamos a tener caza. ¿Llevas armas?

—El encendedor del diablo y una pistola «welters», con licencia.

—Es suficiente. Temo que, vigilando a tus empleados, hayan averiguado algo de ti. Te habrán seguido, sin que te hayas dado cuenta, y han descubierto la nave y mi llegada... ¡Estoy seguro de

que se proponen capturarme!

—¡Agárrate fuerte! —gritó Ramsey, de pronto, al ver, ante ellos surgir otro coche, cuyo propósito era interceptarles el paso.

Leo Ramsey giró bruscamente el volante, saliéndose de la carretera y brincando violentamente sobre unos prados. Posiblemente, habría podido volver al asfalto, si los ocupantes del coche interceptor no hubieran empleado un arma de insólito diseño, que despidió unas rapidísimas ondulaciones luminosas y vibratorias, que afectaron al encendido del «Peugeot» conducido por Leo Ramsey.

Este y B'snik salieron inmediatamente del coche, tratando de huir por el prado, pero las pequeñas ondulaciones luminosas les siguieron, alcanzándoles y haciéndoles caer.

En pocos segundos, tres hombres surgieron del coche agresor y otros tres del coche que había ido siguiendo a Etienne y B’snik. Corriendo, todos se acercaron a los dos caídos. Uno dio instrucciones rápidas en lengua extraña.

Inmediatamente, entre cuatro, levantaron los cuerpos de Ramsey y B’snik, llevándoles a uno de los vehículos. Los otros se distribuyeron en los demás coches. Y, en menos de lo que se tarda en contarlo, los tres automóviles se pusieron en marcha, alejándose de las inmediaciones.

Pocos minutos después, una nave espacial completamente a oscuras llegaba al lugar del suceso y efectuaba pasadas a lo largo de la carretera, sin que los detectores de abordo, manejados por manos febriles y angustiosas, pudieran localizar los coches que buscaban.

Las llamadas por microonda tampoco fueron contestadas y esto aumentó la zozobra del »S’get» Brekko, que presintió la muerte de su jefe.

* * *

B’snik Y Leo Ramsey no habían muerto, ni mucho menos. Ambos se recobraron a un tiempo, después de sufrir un tratamiento diódico o algo semejante, de manos de sus captores.

Cuando abrieron los ojos, se encontraban sobre sendos lechos, en el interior de lo que parecía el «bungalow de un motel. Y no estaban solos, por supuesto cuatro hombres, de aspecto poco tranquilizador, les rodeaban.

También se dieron cuenta de que les habían amarrado, con esposas de acero, tanto los pies como las manos, a los barrotes metálicos de las camas.

Un hombre de regular estatura, piel morena y ojos entornados, se hallaba delante de B'snik, con un instrumento electrónico en la mano derecha.

—Buenas noches, »T’get» B’snik — dijo aquel hombre en francés —. Hacía tiempo que le íbamos buscando. Hoy podemos felicitarnos todos por tu captura.

En ZEMU se practicaba mucho el deporte. La derrota se aceptaba, por tanto, de modo deportivo. B’snik incluso sonrió.

— Si sabéis quién soy, ¿no es justo que sepa, a mi vez, quiénes sois vosotros?

— Somos el comando «Bora» — dijo su interlocutor—. Mi nombre es Sargo.

— Os felicito. Habéis realizado una acción rápida y eficaz.

— No tan rápida. Llevamos meses vigilando a Etienne Vries —el hombre que decía llamarse Sargo se volvió a Ramsey—. Mireille es agente nuestra.

— ¡No! —exclamó Ramsey, aterrado — !No es posible!

— Nuestros cirujanos también saben hacer muchachas bonitas. Mireille Meunier es de «d’diomo». Su nombre es Drewa.

— ¡Cielo santo!

— No te atormentes, Etienne —dijo B’snik—. Nosotros también fallamos. ¿Y bien. Sargo, qué esperáis de nosotros?

— ¿No lo supones? Queremos la llave de «KAR-6.

— ¡Oh, qué tonto soy! Debí figurármelo. Lo malo es que nuestra base se cierra por dentro y no tiene cerradura. ¿Para qué os puede servir una llave falsa?

—He hablado en sentido figurado. No te hagas el tonto que me has comprendido perfectamente. Sabemos quién es el «T'get» B'snik y no es poco grato tenerle en nuestro poder.

—¿Puedo saber, a mi vez, cómo habéis obtenido estos datos?

—No eres el primer prisionero que hacemos. Hay «zemus», que vosotros consideráis muertos, que viven y nos informan.

—Pues preguntarle a ellos dónde está la llave de »KAR-6». De mí no la obtendréis.

Sargo se volvió y tomó una silla de un extremo de la estancia, sentándose en ella junto al lecho de B'snik.

—No te precipites en hablar, B'snik. Te consideramos como el «zemu» más peligroso de la Tierra. ¿No te sientes halagado? Sabemos, además, que tu esposa capturó en Marte, cuatro de nuestras estaciones de enlace más importantes y, debido a ello, nos ocasionasteis un tremendo quebranto.

»Hace tiempo que luchamos unos contra otros y todos nos conocemos bien. Sabes cuál es nuestra situación en este planeta. Hemos quedado todos aquellos que estamos incapacitados para volver a nuestros mundos. Pero nos hemos aclimatado a éste y podemos sobrevivir, sin los nuestros y sin vosotros.

»Hemos formado una colonia importarte *y* nos estamos infiltrando en los puestos clave de varias naciones poderosas, hasta conseguir lo que nos hemos propuesto.

»Pero tú; y los tuyos sois un inconveniente. Estáis dispuestos a eliminarnos y parece ser que no os iréis de aquí hasta que no hayáis terminado con todos nosotros.

—Así es, Sargo. Esa es exactamente la situación.

—Tú y tus colaboradores nos habéis ido localizando, arrestando y

enviando a Croem. Sois sagaces, hábiles y estáis bien equipados. Pero nosotros no lo estamos menos. ¿Verdad que no?

— El procedimiento de engatusar a Etienne con una mujer bonita es innoble y viejo. Sólo podía dar resultado con un terrestre.

— ¡En la lucha todos los procedimientos son lícitos, B'snik! ¡Y no quiero seguir discutiendo contigo! ¡Estás en nuestro poder y tenemos medios para obligarte a decir dónde está la base secreta «KAR-6»!

— ¿De veras, Sargo? ¿Cómo lo vas a conseguir?

— Con esto —respondió el otro, mostrando el objeto que llevaba en la mano.

— ¿Qué es eso?

B'snik miró a Ramsey y creyó descubrir el terror en sus ojos. Mientras, Sargo exponía:

— Hace tiempo que nuestros sabios trabajaban en este encefaloscopio. Querían utilizarlo con cerebros vivos, pero se encontraban con imponderables y dificultades. No sé quién descubrió que el cerebro de un cadáver recién muerto opone escasa o nula resistencia a las ondas del «neurovisor». ¿Curioso, eh? A los muertos les importa muy poco lo que hagan con ellos. No se reservan. Sus mentes todavía conservan en sus células neurónicas el archivo de la memoria. Pero no se oponen a que las registremos.

El jefe «d'diomo» se volvió a sus hombres y pronunció una orden cortante en su lengua. Aterrado, B'snik vio como uno de aquellos individuos extraía de su bolsillo un afilado estilete y, sin

vacilación alguna, lo hundía con fuerza sobre el pecho de Leo Ramsey.

¡Un aterrador grito de inenarrable angustia surgió de la garganta del hombre que se hacía llamar Etienne Vries y que había escalado los más altos puestos sociales de la capital de Francia!

Capítulo VIII

Cuando recibí aquella información, que me suministraba periódicamente y a distancia «Mr. Marcel Molay», me estremecí de miedo. ¿Qué estaba yo haciendo? ¿Sustituir al que, de modo tan despiadado y cruel aniquilaron los seguidores de Sargo? ¿Iba yo a continuar, de algún modo, la labor del que se hacía llamar Etienne Vries?

Inmediatamente sentí la imperiosa necesidad de romper todas las páginas escritas e iniciar otra obra que nada tuviera que ver con el inquietante tema que estaba trabajando. El miedo nace de forma súbita, por un chispazo que se produce en el centro motor de la imaginación. La asociación de ideas se cuida del resto, y del miedo se pasa al pánico, a la obsesión y se puede llegar hasta la demencia.

— ¡No escribo más! —creo que grité—! Ni claves, ni mensajes, ni nada! ¡Se lo hace usted o busca otro títere! ¿Qué es lo que se propone? ¿Qué venga Sargo a buscarme?

— ¡Por Dios, Peter; aquél tipo hace años que fue enviado a Croem, con todo el comando «Bora»! —se apresuraron a tranquilizarme «Mr. Marcel Molay— !No tiene que preocuparse de él!

»— Usted mismo me ha dicho que todavía quedan varios miles de «d'diomos» ocultos por ahí. Si Sargo fue capturado, quedan otros capaces de hacer lo mismo. Esa gente lucha por sobrevivir.

— Vamos, vamos, Peter. Tranquilidad. En primer lugar, usted no corre ningún peligro. Se lo aseguro. Su novela será leída por mucha gente, incluso por «d'diomos». Pero nadie creerá que usted es cómplice nuestro, principalmente, porque no lo es.

—No, no lo soy —esgrimí en mi defensa—. Pero lo parezco tanto…

—Déjese de sensiblerías. Ya le dije que recibiría cartas de sus lectores, sin duda alguna. Está tocando el tema de los «ovnis» como no lo ha hecho nadie. El lector de aquí sonreirá, displicentemente, y hará elogios o críticas de su imaginación.

»En cambio, cualquier «d’diomo» que vea *la obra.* se quedará perplejo y confuso. Ellos saben la verdad y se extrañarán de que la sepa usted. Querrán averiguar cosas…

—¡Y vendrán a buscarle con un estilete como el que hundieron en el corazón de Leo Ramsey, dejándome tieso y frío, para hurgar en mi mente con el «neurovisor»!

—¡Por favor, Peter; no se precipite! ¡No ocurrirá nada de eso se lo aseguro! Además, ya le dije que cuando la obra sea publicada, usted estará, bajo nombre supuesto, disfrutando de unas estupendas vacaciones en los Mares del Sur. ¿Quién va a localizarle allí?

—Según usted, los «d’diomos» tienen mucho poder y llegan a cualquier rincón del mundo.

—No desorbite la cuestión. En primer lugar, si usted no escribe la obra, lo hará otro. Inventaremos un novelista y nos cuidaremos de su correspondencia. En segundo lugar, Leo Ramsey no está muerto.

Creo que me transformé en piedra.

—¿No? —pregunté, atónito.

—No. Y parece mentira que todavía

no me conozca bien. Le he dicho que no creí a Sargo. No hay nada, ni nadie, capaz de hacer «hablar» a un muerto. Todo lo que se proponía Sargo era impresionarme.

»Si me lo permite, continuaré con el relato. Luego, haga lo que le parezca. ¿De acuerdo?

Estaba tan confuso y aturdido que no sé lo que respondí. Sin embargo, supongo que debí asentir y «Mr. Marcel Molay» continuó su interesante historia.)

* * *

B'snik, con ojos muy abiertos, atónito, vio sacar el estilete manchado de sangre. Incluso vio contraerse el cuerpo de Ramsey, en un espasmo agónico, hasta quedar rígido sobre el lecho.

Sargo, como en un ritual, se acercó al cadáver y le aplicó el objeto que tenía en la mano a la cabeza, presionando con los dedos sobre las pequeñas palancas, hasta que se produjo algo así como un zumbido y se encendió una luz grisácea en un diminuto recuadro.

—¡Aquí lo tenemos! —exclamó Sargo, con voz triunfal— ¡Me gustaría que pudiera interpretar estos signos, B'snik!

—¿Qué quiere decir?

Sargo, inclinado sobre el cuerpo de Leo Ramsey con el «neurovisor» en la mano, parecía exultante.

—Le traduciré algo de lo que el muerto nos está diciendo... Se llama Leo Ramsey y nació en Tucson, Nuevo Méjico. Trabajaba en un periódico de su ciudad, cuando una noche, viajando en automóvil por el desierto, se encontró con una nave espacial de ZEMU, averiada. Ávido de conseguir un reportaje sensacional, se arrastró y penetró en la nave sin ser visto.

B'snik quedó confuso al escuchar todo aquello. Le parecía lo más increíble de cuanto le había sucedido en la vida. Los «d'diomos»

poseían un aparato capaz de registrar la mente de un difunto. ¿Cómo era posible esto?

Sin embargo, Sargo no inventaba aquellos datos. Pronunciaba las palabras en francés del mismo modo que si estuviera traduciendo impresiones gráficas o pictogramas.

»¡No! —se dijo B’snik— ¡Esto sólo puede ser una añagaza!

— Fue descubierto y conducido a la base «KAR-6» — continuó diciendo Sargo —. Allí se le dio a elegir entre la muerte, el envío a ZEMU, como profesor de lengua inglesa o quedarse aquí, la Tierra, como , colaborador.

Sargo se detuvo, volviéndose a B’snik.

— ¿Es cierto todo esto? —preguntó.

— Si está tan seguro de lo que dice la mente de Vries, ¿Por qué me lo pregunta?

— Estoy seguro porque lo hemos experimentado muchas veces. Lo malo es que este hombre ignora dónde está la base «KAR-6».

— ¡Eso es una contrariedad! ¿Por qué no trata de averiguarlo en mí?

— Eso es lo que me propongo.

— Le ruego que lo haga en vivo. —Pareció burlarse B’snik.

Sargo se acercó al lecho ocupado por B'snik y le miró de modo inquietante.

— Lo haré, si no tengo más remedio. Pero no era mi intención matarle a usted. Creo que nos conviene más tenerle vivo.

— A mí también me conviene más vivir. Y no es porque aprecie extraordinariamente mi vida, sino porque así sirvo mejor a mi causa. Le diré algo, Sargo. Ese aparato es un truco para impresionarme. Ni siquiera creo que Etienne esté muerto. Han

hecho esta comedia muy mal. Los cerebros de los muertos no pueden facilitar información. Usted pensó que, antes de dejarme matar, yo les diría lo que desean saber.

Sargo se mordió los labios. Pero B’snik no le miraba, sino a uno de sus subalternos, en cuyas inexpresivas facciones creyó adivinar la verdad.

—Creo que Etienne Vries está inconsciente a causa de una inyección paralizante y teatral. ¿No es así, amigo? Es burda la comedia, por supuesto. Mi obligación era comprender que si muerto traicionaba mi causa, contra mi voluntad, era mejor hablar y facilitarles la información que me pedían.

Tal vez, luego, hubiera posibilidad de desquite. Vivir para luchar es lo más importante. Morir inútilmente es una tontería.

»Bien, ¿qué esperan para matarme? No pierdan el tiempo. Deben saber que mis hombres me están buscando y no tardarán en localizarme. En la cartera llevo un transmisor de ultrafrecuencia, cuyas ondas orientarán a mis naves.

»No me extrañaría que ya estuvieran sobre este edificio, silenciosamente, esperando una oportunidad.

Sargo dirigió una instintiva mirada hacia la ventana. Luego, dejó escapar una interjección.

—¡Es usted muy hábil, B’snik! Sí, este aparato es un truco. Parece que el cerebro, sin oxígeno ni riego sanguíneo, es una masa informe e inútil. El historial de este hombre lo hemos averiguado por otros conductos. Hemos introducido algunos agentes nuestros en su empresa editora. La chica que duerme a veces con él, Mireille Meunier, trabaja para nosotros.

—¿Y cómo supieron su nombre?

—Algo más que deducción. Leo Ramsey desapareció en Nuevo Méjico hace un año. Algunos de sus rasgos faciales son idénticos. Hemos comprobado varios artículos del «Echo de Tucson» con lo que escribe ahora en sus revistas, y aunque el lenguaje es distinto, la persona que lo ha escrito parece ser la misma.

»Sabíamos que Vries no nos diría dónde está la base «KAR-6», y que siempre que hemos seguido una de las naves de ustedes, las perdíamos sobre el Atlántico. Por todo ello, hemos montado este servicio. Le queríamos a usted o a uno de sus jefes.

—Lo siento. No podía salirles bien jamás. A «KAR-6» no se puede llegar sin previa identificación. Nos protegemos muy bien. Cualquiera que trate de atacarnos, sufrirá un descalabro. Por lo tanto, lo único que pueden hacer es matarnos a los dos y tendrán dos enemigos menos contra los que luchar.

Sargo frunció el ceño. Luego, dio media vuelta y se dirigió a la puerta, la abrió y salió, seguido de unos de sus hombres. Este último tardó en regresar, para decir a otro de sus compañeros:

—Atiende a ese hombre. No nos interesa que se muera de verdad.

El aludido tomó una caja de madera y procedió a extraer de ella material aséptico y desinfectante, con el que actuó sobre la herida que Etienne Vries tenía en el pecho. B’snik le contempló de reojo.

—Pareció que el estilete se hundía profundamente en el pecho —dijo B’snik.

—No lo crea usted. La hoja se escondió en el mango. Sólo le causé una herida en la piel. Pero la punta contenía una droga paralizante. No está muerto, como usted ha dicho.

—Los «zemus» son muy sabios —

habló otro individuo—. Más nos hubiera valido pactar con ellos, en vez de enfrentarnos en lucha abierta.

— Por supuesto —dijo B'snik—. Lo que sois vosotros está claro. Os consideran traidores a la causa, enemigos nuestros e intrusos indeseables en este planeta. ¿Qué posibilidades tenéis de salir adelante?

— Cuando regresó Sargo dos horas después, le acompañaba una mujer joven y bella, que se cubría con un abrigo de piel de leopardo, de alto precio. En su lecho, Etienne ya se había recuperado. Incluso le soltaron una mano, como a B'snik para que tomase café caliente.

La mujer, al entrar, miró primero a B'snik. Luego, se acercó a Etienne.

— Lo siento —dijo —. Soy «d'dioma».

— Sí, hija, sí; ya estoy enterado. Lo has hecho bastante bien. Con el tiempo, llegaréis a engañar hasta a los mismos terrestres.

— ¿Y las naves que vendrían a buscarle? — preguntó Sargo a B'snik—. Esperaba no hallarles aquí a mi regreso. La cartera y la pseudograbadora está en manos de nuestros técnicos. Creo que podrán establecer contacto con los suyos.

— ¿Quiere que le diga la contraseña? Es muy sencilla… Hay que hablar en «zemu».

Sargo sonrió.

— Sé que un «T'get» vale tanto como sus hombres y sus naves, o quizás

más. Usted es importante. Sólo queremos pactar con sus subalternos.

B’snik alzó la cabeza, mirando fijamente a Sargo.

— ¿Lo quiere intentar todo, eh? ¿Por qué ha traído a esa chica aquí? ¿Qué se propone?

— Mireille tiene debilidades. Está realmente enamorada de su hombre y temí que pudiera cometer alguna tontería. A nadie conviene que se mezclen las autoridades francesas en nuestros asuntos.

— ¡Eres detestable, Sargo! — exclamó Mireille con ojos refulgentes —. Todos sabemos que estás cometiendo error tras error. No sirves para dirigir este comando. Debes reconocerlo.

— ¡Cállate! — rugió Sargo, haciendo gesto amenazador hacia ella.

— ¡No me callaré y se lo diré a Vriik en cuanto le vea!

La discusión entre los «d’diomos» se agrió. Recurrieron a su lenguaje chillón y hasta se amenazaron con gesto. B’snik, intuyendo que se trataba de una farsa, permaneció impasible, apoyado sobre el codo, mirando en derredor con ojos entornados. Casi creía conocer el final de la representación. — Mireille, fingiéndose protectora de Etienne Vries, se quedaría. Después les facilitaría la huida y pediría que la llevasen consigo. Su destino sólo podía ser «KAR-6».

Todo parecía tender a introducir un agente enemigo en la base submarina.

Pero el «S’get» Etlid y un grupo de cuarenta «zemus», irrumpiendo en el motel en el instante más inesperado, terminó con aquella grotesca representación.

El ataque se produjo al rayar el alba; descendieron del cielo los primeros «zemus», provistos de retroimpulsores individuales, adosados a la espalda, y armas paralizantes ultramagnéticas. Antes de que los «d'diomos» pudieran reaccionar, las armas de Etlid y su hombres entraron en acción, no pudiéndose evitar que Etienne y

B'snik sufrieran las inofensivas consecuencias de las descargas.

Quedaron insensibles en sus lechos, al igual que sus captores, pero fueron reanimados antes de ser sacados de aquel lugar, para conducirlos, junto con los cautivos, al interior de una de las naves espaciales que se había posado en unos terrenos próximos.

Poco después, volando a gran velocidad sobre el Atlántico, B'snik dijo a Sargo:

— Pronto va a encontrarse dentro de la base «KAR-6», amigo mío. Luego, le enviaremos a Croem, donde podrán dedicarse a sembrar flores o tubérculos.

Ceñudo, Sargo no replicó.

— En esta contienda llevan ustedes las de perder — siguió diciendo B'snik—. En primer lugar, esta es nuestra galaxia. No defendemos la Tierra porque tengamos en ella interés especial, sino porque forman una civilización evolutiva e interesante, de la que puede salir una raza altamente inteligente.

«Ustedes no habrían hecho más que entorpecer el progreso de este mundo.

— ¡Los terrestres son casi salvajes! —exclamó Sargo —. Son gentes que se acometen entre sí. Nosotros hubiéramos desterrado de ellos esas sangrientas costumbres.

— ¿Y cree que nosotros no podíamos hacerlo? No sea miope, Sargo. A las gentes, como a los pueblos, hay que dejarles desarrollarse a su modo. Ese es un principio universal que deberían ustedes haber aprendido a respetar.

«Nosotros, todos en general, ignoramos cuál es nuestro destino. Intuimos, más que sabemos, que no habrá final para nadie y que todo el universo, corriendo mientras millones de siglos, será una raza única, humana o humanoide, que se extenderá, cumpliendo

leyes divinas, por todos los planetas habitables.

»Sin embargo eso, está tan lejano que, mientras, nos vemos en la obligación de preservar nuestras conquistas. No hay guerra que a la larga sea ganada por nadie. Una contienda durará más o menos, pero la victoria no será de nadie.

—No le entiendo, B'snik—dijo Sargo, perplejo.

—Creo haberme expresado bien. Ustedes no van a ser prisioneros nuestros, ni mucho menos. Les damos un mundo, controlamos su desarrollo y crecimiento. ¿Es eso una derrota militar? No, de ningún modo. Es darles, ordenada y racionalmente, lo que vinieron a buscar. Pero si ustedes hubieran vencido en la lucha, las cosas no serían iguales. Supongo que nos habrían sometido, nos habrían impuesto deberes y obligaciones, sin ningún derecho y, lo más probable es que nos hubieran aniquilado o destruido.

»Nos conformamos con el resultado obtenido. Los «d'diomos» han comprendido que es mejor pactar y encaminar su expansión en otro sentido y les han sacrificado a ustedes, dejándoles a su suerte, en un mundo hostil.

»Me gustaría que su compañeros, los que viven todavía disfrazados de terrícolas, se nos presentaran y pidieran ser llevados a Croem. Terminaríamos esta contienda y podríamos decir que la sensatez se ha impuesto.

Capítulo IX

—Empleamos a «d'diomos», debidamente adiestrados, para capturar a sus camaradas ocultos —me dijo B'snik—. Fue una magnífica iniciativa de Harold Green y Leo Ramsey.

—¿Qué fue de este último?

B'snik sorbió su whisky con agua y me miró, sonriente.

—Se fueron juntos a Croem, se casaron y tienen dos hijos... ¿Cómo son? No, amigo mío, no hemos burlado a la Naturaleza, ni rectificado la obra de Dios. Ocurre, sin embargo, que conocemos muy bien las raíces genéticas.

»Los hijos de Etienne y Mireille podrían ir a un colegio, en París. Y pasar por dos pequeños franceses.

—¿Es posible, pues, modificar las estructuras genéticas? ¿Tenía razón Huzley, en «Un mundo feliz»?

—¡Oh, no! La creación de la vida *in vitro* es mucho más costosa que por el procedimiento natural. Además, es inhumano privar a los seres de uno de los más sutiles placeres creados por la ley de la continuidad de las especies. Eso ofendería a Dios.

—¿Qué piensan ustedes de Dios? —pregunté.

— Una utopía. Simple concepto filosófico. Ante el Supremo Poder de Dios, el mal carece de sentido. ¿Quién se iba a oponer a Él? No amigo mío. Desde el principio oscuro de las cosas, los hombres han creado mitos y leyendas. La del Bien y el Mal está inspirada en el Bien Supremo, por el concepto binario de blanco y negro, bueno y malo, lo alto y pequeño. Físicamente, es una realidad, por comparación. Con Dios no podemos hacer comparaciones. Suponer que existe el mal, como engendro del bien, es superstición e ignorancia.

»Dios existe. Puede verlo el que quiera, sólo con el espíritu. Está en todo cuanto nos rodea. El Universo maravilloso, inmenso, mágico, es su obra. Pero suponer a Dios como un ser parecido a nosotros... Vamos, ¡eso es minimizar su ser!

— La Biblia afirma que el nos hizo a su imagen y semejanza.

— Esos son símbolos, amigo mío. Y sin dudar de la palabra bíblica, tampoco se refería al hombre, sino al espíritu del hombre. Sin embargo, esas enseñanzas son místicas y corresponden a conceptos puramente religiosos, muy respetables sin duda, pero que se van modificando con el transcurso de los tiempos.

»En ZEMU no tenemos templos. ¿Por qué? No necesitamos rezarle a Dios para que nos proteja. Hemos superado ese período histórico. En cambio, sabemos, sin que nadie nos lo explique, que

Dios es el creador de todo y que sin Él nada existiría. ¿No hay belleza en esta simplicidad?

Comprendí que en nuestro mundo no era posible pensar así. He conocido demasiada intransigencia entre hombres que dicen amar a Dios. Y no se trata, precisamente, de amor, sino de odio, engendrado por orgullo, altivez, desprecio y despotismo.

Hubiera querido saber de B'snik lo que opinaba de aquellas cosas. En este planeta existen demasiadas religiones y todas parecen adorar al Dios verdadero. Pero el motivo de nuestra última reunión era otro.

Había venido a verme personalmente para decirme que se iba.

—He sido ascendido a «N'ivo» —me había dicho, al saludarme, con sencilla naturalidad.

Le felicité con calor. Luego, pasamos a mi despacho tomamos un par de whiskies. Supuse que valía la pena decirlo.

—¿Y la obra?

—¿No está dicho todo? —me retrucó.

—¡Lo que hemos dicho es nada! —repliqué, tomando un montón de cuartillas que había sobre mi mesa— ¿Cree usted que esto va a creerlo alguien?

Antes de responder, B'snik se alisó el cabello, que ahora llevaba bien cuidado, largo y ondulado, y me miró fijamente…

—¿Tiene usted mucho interés por esa obra? — preguntó.

—Sinceramente, no. Me la ha dictado usted. No es el fruto honesto de mi imaginación.

—Pues rómpala. La situación ha cambiado sensiblemente en los últimos tiempos.

—¿Qué quiere decir?

—Mi ascenso a «N'ivo» está relacionado con esto. Me he creado un fatídico renombre y los «d'diomos» ya no representan una amenaza para nadie. No creo que hayan más de una docena, dispersos por este mundo. Nuestra misión aquí ha terminado.

—¿Eh? ¿Cómo ha sido eso?

* * *

El «T’get» B'snik leyó atentamente el informe que acaba de presentarle el «S'get» Brax. Luego alzo la mirada.

— ¿Ha sido confirmado?

— Sí, B’snik. El «T’get» Verm, jefe de la base «KAR-9», cuya posición está próxima a la referencia del informe, ha comunicado que frecuentemente, han visto naves «d'diomas» en sus cercanías.

— ¡Voto a Keim, Brax! ¡Eso no significa nada! Además, me consta que Verm es un imbécil y si ocupa el puesto actual es por antigüedad, no por experiencia y sabiduría.

«Este informe debe ser confirmado por nosotros mismos y no debe haber lugar a errores. Que yo sepa, los «d'diomos» no son traidores a sí mismos.

— ¿Qué quiere que haga para confirmarlo? — preguntó Brax.

— Enviar a alguien a Nueva York y que hable con ese «d’diomo» o lo que sea. ,

— Lo tiene la policía.

— ¡Pues se les quita de las manos, Brax! ¿O es que te propones que me encargue yo del asunto personalmente ?

Brax pareció encogerse sobre sí mismo. Luego, se rehízo y dijo:

— Está bien, B’snik. Me ocuparé personalmente de este asunto. ¿Puedo llevarme a Harold?

— ¡Te ordeno que te lo lleves! ¡Y traerme a ese sujeto!

Brax se retiró. Pero B’snik no se desentendió del asunto. Llamó a Harold Green por videofonía y le dio una serie de instrucciones. El antiguo colaborador «zemu» asintió repetidas veces.

— No importa lo que ese sujeto haya dicho a la prensa ni a la policía. Nadie va a creerlo, y más si nosotros hacemos que se tome a broma. Pero ese Frakwas tiene que ser interrogado por nosotros. Y si es cierto todo lo que dice, se le llevará a Croem.

—¿Y el Cuartel General enemigo? —preguntó Harold Green.

—De eso me encargaré yo. Sólo quiero la confirmación del informe. Desde Nueva York, enviarme un aviso. Sí o no. Y lo quiero cuanto antes.

—De acuerdo. Así se hará. ¿Va a venir Brax conmigo?

—Sí. Pero confío más en ti que en él. En marcha cuanto antes.

B'snik cerró la comunicación y se concentró de nuevo en el informe. Si la noticia era cierta, un «d'diomo», transformado en terrícola, se había presentado en un hospital de Nueva York, aquejado de una dolencia interior. Al ser examinado por los médicos, éstos observaron ciertas molestias, de tipo óseo, y se pusieron en contacto con la policía. El «d'diomo» no se encontraba en trance de muerte, pero sí muy asustado, y confesó haber llegado a la Tierra, diez años atrás a bordo de una nave interplanetaria. Dijo también que su anatomía fue modificada por sus cirujanos —quienes, seguramente, le trataron mal, y por ello sufría aquel angustioso malestar— y luego prestó servicios en una nave con base en un lugar del Amazonas, cuyas señas daba con bastante exactitud. Al parecer, la policía no creyó su historia y le consideró un extraño loco que hubiera sufrido un accidente y los huesos se le hubieran deformado o soldado irregularmente.

El informe terminaba diciendo que la policía de Nueva York estaba realizando una investigación para tratar de averiguar la identidad de Frakwas.

—Que está muy por encima de todos nosotros, que vela por el pasado, el presente y el futuro, de forma que nosotros no podemos comprender, mientras estemos en este presente que nos resbala por la piel y los huesos.

»Dios lo es todo, para todos. Negarle, es negarnos a nosotros mismos. Pero no especulamos con Él. Somos sus hijos, su fruto, su obra, su propio destino. Pero todo Él es un divino misterio. Con eso nos basta.

Sentí una especie de inefable consuelo al oír esto.

—¿Y el demonio o el mal? —quise

saber.

B'snik estaba muy ocupado en la base. Se vio obligado a atender una interminable serie de consultas, durante las cuales tuvo pensamientos para su distante esposa, cuyas noticias recibía con cierta frecuencia. Al anochecer, se retiró a su cabina y se tendió en la litera. Allí estuvo pensando hasta que el zumbido del videófono le hizo ponerse en pie.

Le llamaba desde la habitación de comunicaciones exteriores, cuyo jefe le dijo:

— Acabamos de recibir un mensaje muy breve del «S'get» Brax, desde las inmediaciones de Nueva York.

— Sí —dijo B'snik— ¿Qué dice?

— Sencillamente, sí.

— Bien. Es lo que esperamos. Informa a Brax que se dirija, con el hombre hacia la base «KAR-9». Allí nos reuniremos dentro de dos horas. Dile también al «T'gest» Verm que necesitaremos seis naves, además de todas las nuestras.

— ¿Qué es lo que ocurre, B'snik? —preguntó el oficial de comunicaciones.

— Hemos localizado el Cuartel General de los «d'diomos» rebeldes. Vamos a atacarles, en caso de que se resistan. No se presentará otra oportunidad como ésta.

La base submarina «KAR-6» fue movilizada casi totalmente. Las tripulaciones de las naves de combate se aprestaron para abandonar su seguro refugio e ir a la lucha, ahora en compacta formación.

Antes de emprender la marcha, utilizando la radio interior, B'snik habló a todos sus subordinados, diciéndoles:

— Vamos a unir nuestras fuerzas con las del «T'get» Verm, jefe de la base «KAR-9», a fin de asestar un golpe definitivo al Cuartel General de los rebeldes «d'diomos», que se encuentra en

un punto localizado del Matto Groso.

»No necesito deciros que espero de vosotros la máxima eficiencia y seguridad en el cumplimento de las órdenes. La operación que vamos a realizar significa mucho para todos nosotros. Tal vez, después de llevada a feliz término, sea posible el regreso a ZEMU, de donde faltamos hace tanto tiempo. Ello será posible si nuestra presencia en este planeta se hace innecesaria.

Todas las dotaciones, desde sus jefes al último «aspirante», escuchaban con enorme interés aquellas palabras que parecían un principio de liberación definitiva. Conteniendo el aliento, parecían degustar aquella alocución significativa e importante, en la que se cifraba la esperanza y la ilusión de todos.

— No es mi propósito aniquilar a nadie. El adversario sabe que nos proponemos sacarles de aquí y llevarles a un mundo donde gozarán de entera libertad. A ese fin, hemos hecho volver prisioneros de Croem, para que informen de las condiciones de vida que van a encontrar allí.

»Hasta el momento, esas gestiones no han dado resultado. Los «d'diomos» se muestran irreductibles, confiando todavía en la victoria. La verdad es que están atrapados y no reciben ayuda de sus mundos desde hace años. Son varios los jefes que se muestran intransigentes. Ni siquiera a ellos debemos guardar rencor por su actitud. Creen obrar de acuerdo con lo que consideran más justo.

«Nosotros vamos a ir a sitiarlos, cerrándoles las salidas. Poseemos información completa de su refugio. Si no acceden a nuestro ultimátum, atacaremos con armas paralizantes. Si, a pesar de ello, no logramos dominarlos… ¡mataremos!

Aquello contradecía notablemente las órdenes que siempre había dado el «T'get» B'snik. Sin embargo, tenía motivos suficientes para decirlo. Últimamente, los técnicos «d'diomos» habían perfeccionado un antiparalizador muy efectivo. En escaramuzas sostenidas entre «zemus» y «d'diomos», los antiparalizadores de éstos últimos habían costado la vida a bastantes «zemus». La guerra, pues, aunque reducida a simples escaramuzas esporádicas, se había recrudecido en intensidad y crueldad.

Los «d'diomos» irreductibles siempre habían matado, pero antes los «zemus» podían defenderse bien. Matar era ahora una consigna tajante, obligada. Pero B'snik quería apurar antes las posibilidades de rendición del enemigo.

— Suerte, pues, a todos… ¡Viva ZEMU!

Las naves fueron saliendo de su base. Emergían de las aguas

como bólidos, una tras otra, a pequeños intervalos. La última en abandonar la base fue la nave nodriza, la más grande de todas, y que dirigía personalmente el «T'get» B'snik.

Las órdenes de vuelo se impartieron por microonda, sobre la marcha. Y los buques terrestres que vieron pasar raudos por el cielo aquellos «ovnis» debieron pensar cosas increíbles.

Efectivamente, la prensa brasileña informó, al día siguiente, el testimonio de numerosas personas, tanto en la costa como en el interior, que decían haber visto más de quince platillos volantes viajando en dirección este-oeste.

Fue una observación más, de testigos responsables y serios, aunque también hubo los sensacionalistas de siempre y los que dijeron haber visto a los «marcianos», a los «hombrecillos verdes» y a toda la series de seres fantásticos creados por la imaginación del hombre, para quien los misterios han de tener una interpretación irreal, sobrenatural o demoníaca.

Se vieron naves espaciales, tripuladas por hombres de carne y hueso, cerebro y corazón; hombres que, aunque nacidos en mundos distintos al nuestro, son hijos de Dios, creen en Él y viven en una fe más evolucionada que la nuestra. Gentes con su historia, sus inquietudes, sus pasiones naturales y sin odio.

(Todo esto me han «teletransmitido» para que lo diga. Y eso hago. Lo que dudo mucho es que alguien lo crea. Pero eso también está previsto. Los que han dirigido esta acción, llegando de donde han llegado, saben más que nosotros de muchas cosas).

* * *

El «N'ivo» B'snik vino a despedirse. Yo sabía ya cuál había sido el resultado de la última lucha, en las profundas selvas de la Amazonia. Pero quise escuchárselo de viva voz.

— Gracias a la información que nos dio Frakwas, nos situamos sobre su Cuartel General súbitamente, bloqueándoles las salidas y disparando nuestros rayos paralizantes. El desconcierto debió de ser grande. Y no lo comprendo, puesto que ellos sabían, o debían saber, que Frakwas había hablado.

»Tengo la sensación, aunque no he podido confirmarlo, de que alguien de sus servicios de información se guardó la noticia y no la comunicó a sus superiores. Gracias a esto, pudimos actuar por sorpresa.

— ¿No tuvieron ustedes bajas?

— Sí. Una vez en el interior de

aquella inmensa base, que constaba de edificios de madera, como un poblado, y una intrincada red de instalaciones subterráneas, uno de nuestros grupos de asalto fue atacado con rayos desintegrantes. Habíamos supuesto que todos estaban paralizados, pero no fue así.

»Mis hombres tuvieron que tirar a matar, sin miramientos, y ganamos la partida. El número de prisioneros que hicimos pasaba de seis mil.

— ¡Fantástico! — exclamé — ¿Ha terminado, pues, la guerra?

— Sí. He sido ascendido a «N'ivo», que viene a ser algo así como general, y regreso a ZEMU. Aquí se quedará un reducido grupo, al frente del que estará Harold Green y otros buenos colaboradores, quienes van a iniciar una misión de contactos con determinados gobiernos de la Tierra. No debe esperar resultados inmediatos. Aún pasarán años antes de que se produzcan revelaciones sensacionales.

— Creo que esta obra será una revelación sensacional — dije.

— ¡Pobre amigo mío! —exclamó B'snik—. Mucho me temo que nadie va a creer nada de cuanto ha escrito. Además, debo pedirle que suprima todas las claves que intercalamos en el relato. Ya no tienen objetivo alguno.

— Pero ¿no queda ningún «d'diomo»?

— Puede haber unos cuantos dispersos. Más, ¿qué significan en comparación al número de

ustedes? ¡Bah, es como si no existieran!

—De todas formas, deseo publicar la obra.

—Hágalo —me dijo B'snik en tono enigmático—. Pero sea sincero en el final.

Aquello me dejó bastante perplejo. Hablamos de otras cosas, me pidió algunas novelas, para llevárselas a ZEMU y, por fin, nos despedimos. Sus últimas palabras fueron:

—¿No le gustaría venir conmigo a mi mundo?

—No — contesté.

Él se fue y yo me quedé solo y pensativo...

* * *

Abrí los ojos y contemplé las ramas de los pinos, como caprichosos tentáculos erizados de agujas verdes. Cerca de mí jugaban unos niños con una pelota de plástico.

Confuso, miré los retazos de azul celeste que las ramas, dejaban ver. Y al echar mano al bolsillo, en busca de cigarrillos y encendedor, noté el libro entre mis dedos. Lo miré. «Pasaporte a Magonia», leí.

¿Había estaño soñando? ¿No existía «Mr. Marcel Molay»? ¿Qué historia era aquélla de la guerra invisible? ¿Había sido todo fruto de mi imaginación, de mi subconsciente? ¿Dónde estaba? ¿En qué época?

Pronto me convencí de que las preguntas eran obvias. Lo que yo soñé haber escrito, ni siquiera existía. No me había movido de la hamaca. Se cerraron mis ojos, en la calma estival de la tarde, y todo lo demás llegó a través de los insondables caminos de la mente.

¡Ni siquiera había dormido media hora!

Sin embargo, tuve la impresión vaga y extraña de que no todo era un sueño. ¿Y si alguien, desde alguna parte, accionando los misteriosos hilos del subconsciente, había hecho germinar en mí aquellas extrañas ideas?

¿No podía ser algo así como un mensaje, llegado del Más Allá, para que me sentara ante la máquina y escribiera mi «sueño»?

Desde luego, el tema no era, ni mucho menos, lo que he estado haciendo anteriormente. He escrito mucho acerca de «ovnis» de todos tipos, de seres extraños, de genios y hasta de demonios. Pero

nunca había narrado un sueño, en donde interviniera yo.

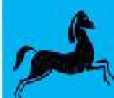
Y por eso he decidido escribirlo. No creo que sea más que un sueño, una divagación sin sentido. Pero… ¿y si es otra cosa?

Por eso, tal como lo «soñé, lo cuento».

FIN

BOLSILIBROS TORAY

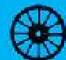




TORNADO
Publicación quincenal. 10 Ptas



HAZAÑAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



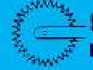
RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas



SIOUX
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 10 Ptas



ESPUELA
Publicación quincenal. 10 Ptas

GUERRA

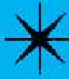
HAZAÑAS BELICAS Publicación quincenal. 10 Ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 10 Ptas

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

EDITORIAL AMERICA, S. A.

2180 S. W. 12 Avenue - MIAMI, FLA. 33145 U.S.A.

Notas

[←1]

Para la fácil comprensión, todas las medidas de tiempo y longitud que se mencionan son equivalentes a las de la Tierra. (N. del A.) vehículos de transporte? ¿Dónde trabajaban, estudiaban o pasaban las cuatro horas diarias que la ley promulgada por el Consejo exigía a todos los ciudadanos